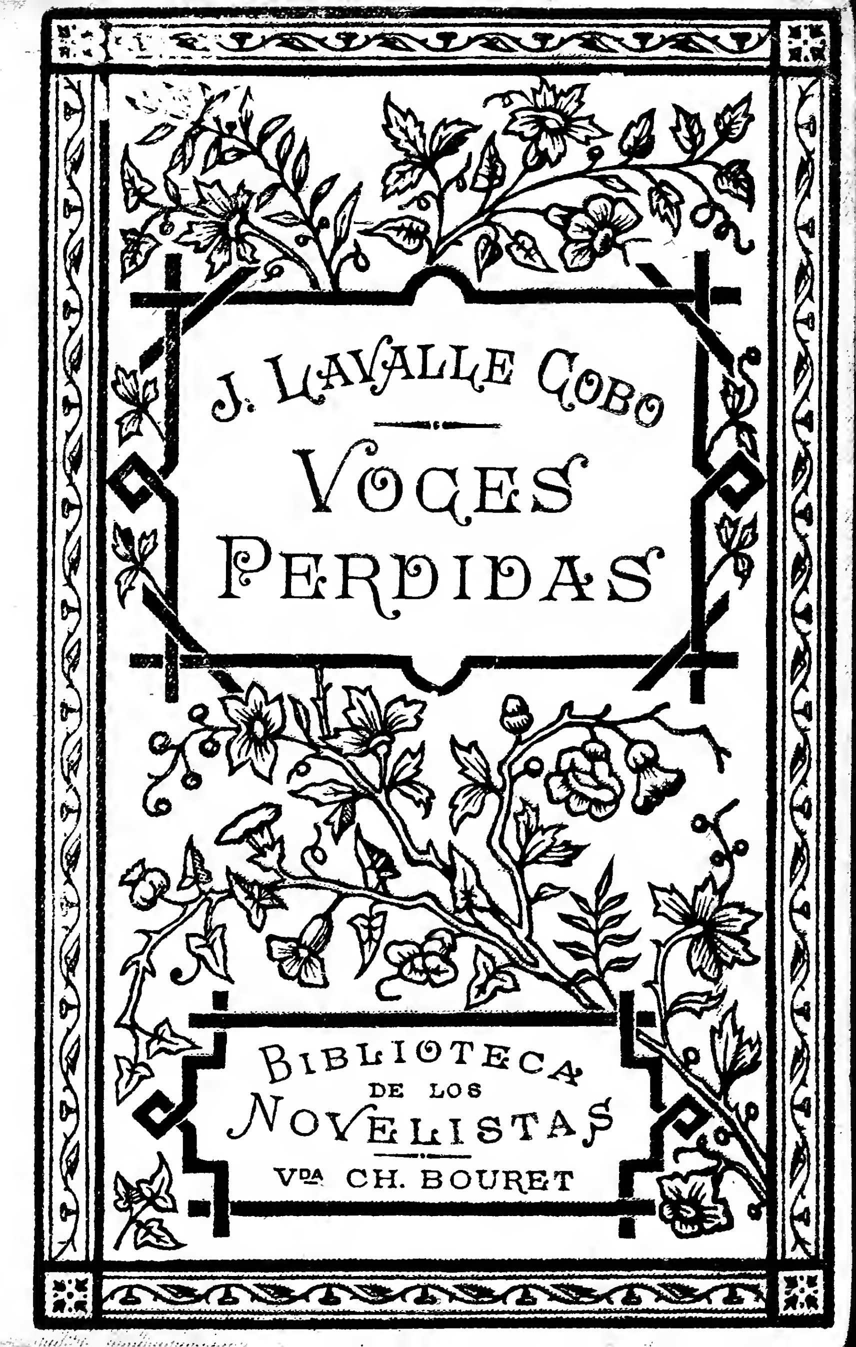
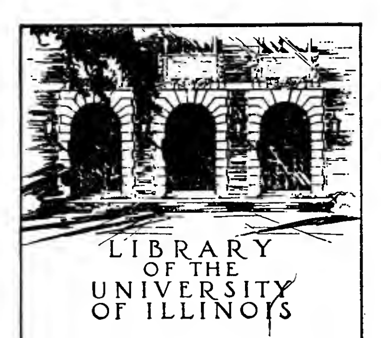

J. LAVALLE COBO
VOCES
PERDIDAS
BIBLIOTECA
DE LOS
NOVELISTAS
Vda CH. BOURET



VOCES PERDIDAS

JORGE LAVALLE COBO

Voces Perdidas



LIBRERÍA DE LA V^DA DE CH. BOURET

PARÍS
23, rue Visconti, 23

MÉXICO
14, Cinco de Mayo, 14

1907

Á MARTÍN ALDAO.

La Marica

LA MARICA

El estío avanzaba sediento. El campo, inundado por la lluvia solar, ígnea, estaba tranquilo como sueño sin inquietudes. De pronto, sin embargo, espiraleaban los remolinos de polvo. La sábana terrácea, con ligeras turgencias, extendíase inmensurable hacia el oriente, limitándola por el oeste, á lo lejos, un trigal semejante á un enorme poncho de vicuña tendido al sol. Un rancho melancólico confundia su color con el del suelo; dos magros álamos, misérrimos, abandonados en la lejania vasta y sola, oscilaban con movimientos de mástiles en alta mar. Por todas partes columbrábanse ovejas; flotaban las flores de

cardo como blonda nevada, y el astro meridiano, dorando cielo, aguas, aire, parecía que al dar vida la quitara á todo.

Á la sombra de su casita de ladrillo con manchas como de sarna, Miguel Mariescurena, puestero en la estancia de Sánchez, recibía la riente brisa, que entraba por una puerta y se iba por la otra. Como el tráfico era muy frecuente en el camino que conduce al Salto, el Vasco Miguel Chico — así se le llamaba — pasaba el día guardando, celoso, la tranquera. Mujer y dos hijos, una muchacha de veinte años y un chicuelo de ocho, constituían la familia. La madre cuidaba los quehaceres domésticos, el padre la puerta y los vástagos la majada.

Perdido en vagarosos pensamientos, el puestero observaba los cañaverales, muros del cercado de las ovejas, los multicolores simétricos cuadros de hortalizas, algunas almácigas distribuídas delante de la casa, en las cuales los pastos, finos como pelos, empezaban á brotar, y soñaba sin duda en el porvenir de su quinta. De vez en

cuando movía la cabeza, aleteaba con los brazos para espantar las moscas zumbando obsesionantes en nubes á su alrededor. Levantóse distraído, cogió una espiga de maíz y al desgranarla entre los dedos, arrojó casi á un tiempo las semillas. Algunos patos cubiertos de lodo y las gallinas, que confiadas piaban bajo la hilera de juveniles paraísos, acudían precipitados á disputárselos. Dos paisanos cruzaron presurosos, y los miraba alejarse temiendo le cortaran su rebaño, que pacía en el extenso bajo, tranquilamente dispersas algunas ovejas, formando racimos otras para tener las cabezas á la sombra. El galope de los caballos puso en fuga á los animales inmovilizados por el calor, sin que sus cuidadores se hicieran ver.

— ¡ Arrre, muchacha, arrre!... á ver si escapar dejas majada. ¡ Perra ! exclamó el vasco. Y saltando dificultosamente sobre un jamelgo aburrido de flacura, salió de prisa abriendo las piernas para espolear el animal, que se empecinaba en mantener los sacudones de su trote alterado á veces por alzadas de galope.

— ¡ Brrrr ! ¡ brrrr ! gritó á las ovejas, que al verle cerca dispararon. Miles de pesuñas chocaban á un tiempo.

— ¡ Maricaa ! Y los ovinos, sintiendo el látigo de la gruesa voz del vasco, pegaban como un tirón en su carrera.

— ¡ Maricaaa ! ¡ Maricaaa !...

Nadie contestaba. De entre los sotos que sombreaban las barrancas del rio, salió Villegas, puestero del establecimiento colindante, y se alejó, mecido por el cadencioso balanceo de su caballo.

— ¡ Villegas ! ¡ Eh ! ¡ Eh !

Y la onda de viento deletreaba sus palabras, trayéndole al mismo tiempo las alegres notas de la milonga leda y distraídamente entonadas por el paisano, que con cierta languidez *rebenqueaba* el pescuezo de la bestia.

— ¡ Muchachaaa estáa !

Y de nuevo gritó á la Marica.

Uno de los perros, volviéndose de pronto, lanzó ladridos. Tres de ellos corrieron hacia el

agua, y Miguel, comprendiendo que allí habría alguien, se puso en movimiento en esa dirección.

Acercóse al río, que lengüeteaba ávido por mojar tierras, y como oyera chapoteo de agua, descendió la cuesta. Se detuvo perplejo. Una mujer desnuda — los brazos abiertos, fugitivas las piernas hacia el fondo, sus cabellos flotantes en el líquido como algas, los senos rígidos, ebúrneos, mantenidos como dos nacientes flores en la superficie — en gozoso abandono, extendía inefablemente su cuerpo, duro aún al tacto de los ojos. Y las aguas pasaban sobre él con un rumor de besos... Las vestimentas que vió, junto á un árbol, no le dejaron duda de que era la Marica. Había abandonado el rebaño para refrescarse, sustrayéndose así á la canícula que todo lo marchitaba.

Persuadido de que era su hija, ascendió la barranca, miró en la dirección que tomara Villegas, y como sorprendiera á éste en la loma atisbándole, terribles conjeturas le asaltaron. Y

de nuevo, ciegamente en el primer momento, puso el caballo á gran galope. Las reflexiones fueron moderando poco á poco su impulso. Se detuvo. Sus facciones parecían endurecidas, hondas las arrugas cetrinas que cruzaban su faz glabra, salpicada por naciente barba blanca. Acaso para dejar volar malos pensamientos, quitóse la boina azul, descubriendo la frente blanca que contrastaba con el color de la cara. Sus gruesos labios acentuábanse por la falta de bigote; su nariz se inflaba; sus pequeños ojos garzos brillaban en las órbitas profundas, que ocupaban gran espacio del óvalo rostral.

Llegó á su casa, sentóse junto á la pared, sumiéndose luego en cavilosidades sombrías, ahondadas por la duda. La visión angustiosa de la deshonra cruzaba á veces su espíritu. Golpeábase la frente. « ¡No! ¡no puede ser! » exclamaba en su dialecto nativo. Cerraba los párpados, queriendo ahuyentar á su hija, desnuda, como la trajera en sus pupilas. Su éuskara honradez se sublevaba ante la sospecha y temblaba por su

incapacidad para penetrar el misterio. De pronto una onda de ternuras le llenaba el alma, y la nube de sus malos presentimientos se disipaba. Y la Marica, la muchacha sana á quien cuidaba como á sus ojos, la Marica que tanto contribuía á hacer la fortuna que vinieran á buscar á América, se le antojaba de nuevo una criatura angelical. « ¡No! ¡Que! ¡No podía ser!.. » Y la vida de su hija se le aparecía como un rosario cuyas cuentas iba recorriendo. Recordaba las bendiciones con que la recibieron, cuando ya desesperaban de tener familia, el peligro en que puso la existencia de la madre, su salud misma tan débil, sus primeros años, sus alegrías de pájaro, los sacrificios de todo género para educarla en una época de malos negocios, sacrificios rememorados con orgullo cuando la veía una buena mujer. « ¡No... mi hija!.. ¡Con ese gaucho vicioso tan luego!... ¡No! ¡Nunca!... » Pero de pronto en sus pupilas el cuerpo emergía de las aguas, y otra vez le mordía la obsesión, encegueciase, y en su mente no brotaba ningún pen-

samiento consolador. « ¡ Gaucho pícaro !... » exclamaba en su enloquecido mutismo. Y no acertaba á comprender cómo no corrió hasta alcanzarle, y descargó su hercúleo brazo en castigo de su mala acción. Y de nuevo evocaba la niñez de su hija. ¡ No haber muerto ! exclamaba. Esos mismos lamentos, enormes, convencíanle de su error. « La Marica, pensaba, estaría sin duda tomando su baño, y el gaucho bribón se habrá acercado á espiarle. Sí, ya sé. Ahora vendrá la Marica y nos contará lo sucedido. »

Así, un huracán en el corazón, transcurrieron crueles algunas horas.

Al atardecer, cuando empezaba á bajar el aurífero polvo flotante en la atmósfera, y se desvaía la última luz, una gama de balido se oyó. Las ovejas, á paso lento, encaminábanse hacia los apriscos. Los perros, al ladrar y embestir, azuzaban la majada. Una densa polvadera, al sesgo tardaba en ascender. La voz de la Marica sonaba claramente, fresca, lastimando los oidos del vasco. Los animales penetraban en el corral, per-

cibiéndose ruidos de bastidores arrastrados sobre la tierra. Los ovinos rezongaban gangosos en las lejanías; las tufaradas de estiércol diluíanse en las fragancias de las pasturas sahumantes. Todo eco de vida desvanecíase poco á poco, surgiendo el antro de la noche. Y las falenas luminosas tendían sus alas en el añilado cielo...

La Marica descendió del caballo, detúvose luego en el pozo para sacar agua y beber un jarro. Miró vagamente la noche meditabunda, poblada de misterios, y penetró en la pieza de ladrillo donde estaban sus padres sentados alrededor de una mesa. La impaciencia lengüeteó como llama en el espíritu del vasco, impulsándole á atrapar á su hija. Pero se contuvo.

— Tataas, dijo en cantante alegría la muchacha. Y su risa juvenil, cristalina, llenó el recinto.

Mariescurena levantó la cabeza, volvió á bajarla, y por debajo de la boina estirada en visera sobre sus ojos, observó el róseo de nácar que coloreaba el rostro de su hija, la nariz respingona,

abierta, en trémulo gozoso, la boca de la que dijérase pendía aún un beso, sus ojos inquietos, y los cabellos húmedos, brillantes, como lamidos, sobre los que había envuelto en trenza un pañuelo amarillo con caprichosas figuras rojas. Su cuerpo, duro hasta la víspera, parecióle más flexible. Y á medida que escudriñaba á su hija, robustecíase en él la fiera, el salvajismo instintivo de su ser.

— ¡ Vaya !.. á comer, que tengo hambre, dijo riendo la Marica. Y salió afuera tarareando.

Cargada de sospechas para el vasco, llena de alegrías para la muchacha, transcurrió la noche.

Al día siguiente, la Marica acudió á recoger la fruta saboreada la víspera. El pampero erizaba los campos y excitaba los nervios. Se sumergió en la onda mansa y, por debajo de la epidermis refrescada, palpitaban cálidas sus carnes de veinte años estremecidas por las voluptuosidades nuevas para ella.

El paisano saltó del caballo. Y sus labios volvieron á unirse.

Villegas había olvidado un momento á Miguel

Chioo; pero, como el recuerdo viniera á inquietarle, exclamó:

— ¡Espera, ché! Y montando á caballo, ascendió la loma para explorar la llanura.

Allá á lo lejos, ligera, imperceptible nubecilla polvorosa avanzaba. Y como los ojos del paisano, cual los del marino en el océano, distinguieran en ella algo sospechoso, volvió diciendo:

— Me voy, allá viene alguien... Y un último beso, sensual, largo, dejóles exigencias juveniles aún sin satisfacer.

Se alejó tranquilamente, vivas todavía las caricias entusiastas de la Marica.

Ésta salió al encuentro de su padre, quien percibió en ella ese rastro auroral que el paroxismo del goce deja. Comprendió que su hija acababa de salir de los brazos de Villegas, y la convicción abominable se arraigó en el alma del astuto vasco. Desde entonces no tuvo más preocupación que la de sorprenderlos infraganti.

Dos, tres días dejó pasar meditando su plan. Á veces el abatimiento le postraba, pero se fingía

siempre contento, no se movía de la tranquera, á la que cuidaba con su habitual empeño. Así dejaba que la Marica se entregara á Villegas.

Una tarde se ausentó para ver unas ovejas. Villegas y Marica pasaron durante ese tiempo las más deliciosas horas. Aquella vez, ambos habían sido puntuales. El paisano dejó su caballo junto á un árbol, y corrió hacia la vasquita que le esperaba de pie, salida del agua, exponiendo desde lejos á los ojos del amante, su afrodisíaco cuerpo undoso como suave escarceo. Llenos de confianza, sin zozobras, se quedarían hasta entrada de la noche.

La hora era propicia. En toda la extensión que bañaba el sol y abarcaba la vista, reinaba una quietud aplastadora ; ni una hoja tremía ; los dardos solares clavábanse en la tierra. Las almas de aquellos seres, ávidos de amor, se concentraba para ellos en el arrebato de sus sentidos. Era la siesta en que hasta la naturaleza se aletarga por exceso de vida. La temperatura misma los enardecía.

De pronto el estampido de un arma de fuego llenó el espacio. Ambos se levantaron atónitos. Villegas vió á su caballo que yacía en el suelo, pero no acertaba á comprender de dónde partiera el tiro. En aquel momento Mariescurena, fusil en la mano, corrió hacia él, gritándole iracundo:

— ¡Aquí te tengo, gaucho bribón!...

Y se acercó, seguro de que el paisano desmontado — ave con ala rota — consideraría inútil toda tentativa de fuga.

La Marica, sin atinar á cubrirse, echóse al suelo.

— ¡Ahora mismo casarás muchacha! prosiguió. Y volviéndose hacia ésta, la miró con desdén lleno de rabia.

— ¡Á vestir indecencias! ordenó.

El paisano no pronunciaba una palabra.

— ¿Casarás con la chica? ¡Contesta! É hizo sonar el fusil como para advertirle que su negativa sería fatal.

La decisión ahondábale la comisura de los labios, marcándole como hachazo la arruga de la frente.

— ¡ Cómo no, con mucho gusto ! repuso sórdidamente Villegas, creyéndose perdido.

La respuesta cogió desprevenido al vasco. Sonrisa interior ablandó su rostro.

— ¡ Así esperaba ! exclamó al rato, considerando ya reparada la falta. Y agregó :

— Viste pronto, muchacha, para andar pueblo.

Se dirigieron hacia el puesto. En el camino encontraron á la mujer de Mariescurena, presurosa por saber el origen de aquel disparo.

— ¡ Vos por acá, Miguel, vos ! dijo sorprendida al ver á su marido.

— Venir para casamiento Marica. Y con éuskara rudeza refirió el suceso.

La vasca, tal vez recordando algo semejante en su existencia, exclamó :

— ¡ Vaya, hombre, está bueno !

Llegaron. Rápidamente hicieron los preparativos para ponerse en viaje. Se arreglaron en la jardinera, y media hora después los novios forzados, en compañía de los padres de la vasquita, se encaminaban hacia el pueblo. Al pasar por el

rancho de Villegas, éste bajó y ensilló su *parejero*, en el que montó el chico. Luego siguieron. Iban mustios como la pampa, sumidos en sus propios pensamientos. El paisano á veces sonreía enigmáticamente, observándolos con mirada torva. Alguna palabra emitida al azar se perdía en las ráfagas de viento, que la llevaban volando, como mariposas. La nube de polvo se renovaba incesantemente.

Una vez en el arroyo, el vasco dijo :

— Baja, Villegas, á cuartear. Y éste volvióse hacia aquél bruscamente, y sus ojos relampaguearon. Acaso una idea antes obsesora, ya abandonada, acudióle, y sin dar tiempo á que el vehículo se detuviera, saltó al suelo.

El riacho, encajonado en su lecho, serpenteaba caudaloso, turbio, enlodado como la conciencia del gaucho, y huía precipitándose entre las toscas, caparazones de tortugas que se mostraban á ras del líquido. Más allá, una pequeña caída cantaba las alegrías de las aguas, y su murmullo, conservado un momento entre el álveo acústico,

flotaba luego sobre la paz circundante, y perdíase en la inmensidad silenciosa...

Villegas prendió el encuarte á la vara, y se detuvo. Buscaba por donde pasar, no guardando el fondo del río secretos para él.

— ¡ Por aquel remanso ! exclamó, contestando á todos, que esperaban mudos su resolución.

La barranca glabra era muy empinada, y se hacía necesario descender lentamente. El jinete marchaba adelante para empezar á tirar cuando estuviera en la otra vera. Volvióse hacia los vascos, diciéndoles:

— No larguen hasta que yo no esté del otro lado.

— Bien, contestaba Mariescurena, sorprendiéndole la previsión del que en breve sería su yerno.

— Despacio, sujete.

La jardinera iba entrando al arroyo, sumergiéndose apenas. De pronto se hundió en un pozo, de golpe, y el agua empezó á entrar en la caja.

Las dos mujeres gritaban asustadas. El caballo

no se movía. Villegas se detuvo con la cuerda en la mano, y exclamó:

— ¡ Adiós, vasco flojo, que te has valido de traición para agarrarme !... Y soltando el lazo, salió á galope, burlón, seguro de que permanecerían clavados en el pantano.

La tempestad rugiente en el alma de Mariescurena estalló en trueno, una feroz maldición que pareció llenar la pampa:

— ¡ Si te encuentro algún día !... Y volvióse hacia su hija, bañada en lágrimas como la madre.

Con toda rabia prorrumpió en venablos, y fustigando al mismo tiempo, implacable, al caballo, procuró salir del arroyo.

Á su frente, un punto negro se esfumaba en el horizonte.



Á DARÍO HERRERA.

Hierra Trágica

HIERRA TRÁGICA

Y un espectral jinete, como una sombra cruza.
(RUBÉN DARÍO).

El silencio de la tarde cerníase sobre la pampa infinita. En el rancho de los peones el movimiento había cesado.

El Viejo, como llamaban á Don Cirilo, de pie en la puerta, paseaba sus ojos — dos ascuas — por las ensombrecidas praderas cubiertas de vacadas, cuyas formas esfumábanse. Su barba y guedejas blancas, resaltando sobre la tez cetrina, dábanle cierto aire espectral ; el ala del sombrero

encapotaba su gesto. Envuelto en obscuras melancolías meneaba la cabeza, volviéndose de tiempo en tiempo hacia los montones de postes y rollos de alambre apilados junto al galpón.

Nacido en aquel sitio, en él creció, vinculándose á la familia de Planes tan estrechamente como su condición lo permitía. Allí pasó la vida sirviendo con toda fidelidad á Don Ignacio — abuelo de los actuales dueños — á quien siguiera en la serie de campañas en que esas generaciones guerrearon. Y allí envejeció. Muerto Don Ignacio, continuó ayudando en los trabajos de campo á Carlos, hijo de éste, al cual quería paternalmente.

Había visto la ola civilizadora, en su avance, apresar al gaucho en su estrecho círculo; había visto en todos los establecimientos vecinos tras una novedad implantar otra, dejándole un papel secundario, servil. Y así los buenos gauchos, asfixiados por la civilización, huían á otras regiones donde aun podían á pleno pulmón respirar la antigua vida. Hasta le parecía á Don Cirilo que el

paisano acoquinábase ante la pacífica invasión, perdiendo su carácter. Y él, sobreviviente de otros tiempos, no podía asistir impávido á la muerte de sus costumbres, como si viera batojar un árbol y perder todas sus hojas...

Al frente de aquel establecimiento, « *El Progreso* », estaba Diego, hijo mayor de D. Carlos. Espíritu moderno, en todo « apreciaba la enorme importancia de ciertas reformas en la economía rural, y tomando las faenas ganaderas y agrícolas con el criterio nacional hoy predominante », no dejaba todo abandonado á sus propias fuerzas. Al encargarse de la administración, dedicóse á eliminar resabios del gauchaje, como hasta entonces no lo hiciera el desidioso regente que su padre, ya enfermo, tuvo hasta el fin de sus días. Haciendo irrisorio su nombre *El Progreso*, vivía treinta años atrás, sin introducir aún los perfeccionamientos comunes en la vecindad.

Entre el personal subalterno de la estancia y el patrón, interponíase la autoridad del mayordomo, un inglés, Mr. Celington, — Cielito, como

lo llamaban los paisanos haciendo con su nombre un retruécano — diestro modernizador y ejecutor de sus órdenes. Diego llevaba á cabo las reformas, no obstante la contraria opinión de su hermano Horacio, cuya resistencia á toda novedad era inquebrantable. Éste había ido muy joven al campo, y sus inclinaciones nativas se desarrollaron ampliamente, infiltrándole la peculiar manera « criolla » de apreciar las cosas, título el más enaltecedor ante los ojos de las gentes que le rodeaban con su confianza y simpatía, y á quienes acompañaba en juegos y distracciones brutales.

Aquel día, aunque era domingo, un domingo de diciembre, mientras unos cortaron un enorme seto espinoso, que daba á la casa aspecto huraño, otros descargaron y apilaron los postes y alambres destinados á la construcción de bretes. La próxima hierra se verificaría en ellos, y los gauchos no tendrían ya donde lucir sus habilidades con el lazo, esa arma por ellos solamente apreciada, á la que debían su dominio en la pampa.

El Progreso era el único sitio donde se le practicaba en muchas leguas á la redonda.

Al día siguiente se « contraherrarían » á la antigua usanza, algunos novillos recientemente comprados. Y ese era el tema, inagotable, de los paisanos reunidos en la cocina. Se comentaban célebres tiros, citándose famosos enlazadores, la anécdota corría, y con fruición y tristeza brotaban así recuerdos perdidos en la memoria como se pierden en el monte las gárrulas voces de las aves.

Pero ninguno tan triste como D. Cirilo, que viera metamorfosearse esas regiones. Si quedó allí, fué tan sólo por afección y fidelidad hacia una familia que para él era la suya.

— Pero vos, Cirilo, dijo Horacio, has sido el más famoso enlazador.

— ¡ Eso era en otros tiempos ! contestó el viejo desde la puerta.

Y como en ese instante entrara su nieto Horacito, chicuelo de diez años, agregó, poniendo en ello toda su alma, el alma de una raza :

— ¡ Y pensar que estos muchachos no verán esas cosas ! ¡ Verán un lazo, y no sabrán paqué sirve ! ¡ Quién hubiera dicho !...

Y el gaucho, cuyos años habian pasado como una brisa, rozándole apenas, parecía agobiado en aquel momento.

— Si vos no le enseñas, dijo dirigiéndose á Horacio, que sos buen gaucho, y por eso su padrino, no sé quién li 'a enseñar.

Las lúgubres notas de un bordón de guitarra, que alguien temblaba, vibraron entre las sombras. De pronto D. Cirilo, que se había sentado en un pequeño escabel, las piernas estiradas y abiertas, gacha la cabeza, mirando al suelo, irguióse, y dijo :

— Ché, prestáme la guitarra.

— ¿ Qué es esto, viejo ?.. dijeron varios acercándose.

— ¡ Viejo lindo ! exclamó Horacio. ¡ Así me gusta !

Don Cirilo recogió las piernas y fijas sus pupilas en el espacio en cosas sólo para él visibles, preludió un antiguo triste.

— Vení pacá, muchacho, dijo dirigiéndose á su nieto.

Y como si tuviera en su corazón desbordante algo irresistible ya para él, comenzó en un silencio pampeano, impuesto por su hermosa figura, alta y magra, una endecha con la voz llena de lágrimas.

Su acento decía tristezas misteriosas de un alma prisionera. Modulaba tres, cuatro estrofas, y dominado por la emoción se detenía. Evocaba costumbres de antaño, queriendo grabar en la memoria de su nieto aquellas viejas épocas desvanecidas: « Así, á su vez, concluía, transmitirás cantando el alma de tus abuelos. »

Imanados por aquellos trenos de atractiva entonación, que expresaran quizá las vaguedades de sus ensueños, algunos paisanos fuéronse acercando, poco á poco, y estrecharon la rueda.

El cantor serenábase en una pausa. No quería dar salida de una vez á su alma. Luego proseguía, acentuando sus temores de ver desaparecer por siempre « el alma de tus abuelos », inquietud y frase que como estribillo volvía á sus labios. Eran

la obsesión de su alma y la sombra de su pensamiento.

La tarde había caído. La pieza donde se hallaban congregados obscurecióse. El rítmico bordoneo languideció un momento. Otra pausa, y la voz del cantor, ahora invisible, emergió de las tinieblas del rincón, que se dirían tinieblas parlantes.

De pronto la mano del anciano, nervuda, huesosa, que rasgueaba la guitarra, empezó como á paralizarse. Y en la última nota se le ahogó la voz en la garganta y gruesas lágrimas rodaron por sus barbas. Dejó el instrumento. No podía continuar. Los oyentes cabizbajos fueron saliendo silenciosamente uno tras otro.

Y la noche negra, impenetrable, ahondaba en sus espíritus, vaga, indecisamente tristes.

— Que vaya mañana Horacito al rodeo, dijo Horacio visiblemente conmovido.

Como un acto de compañerismo, Horacio comió con los peones aquella noche. Después libró la última batalla con su hermano, antes de dar comienzo á los corrales.

*
* *

Muy temprano, obscuro aún, el peonaje salió al campo con una jauría, á « recoger », para empezar luego la hierra.

Las sombras, cendal caliginoso, azulino, disminuían su espesura, disipándose entre chorros de luz inadvertidos á la distancia, que caían hacia el suelo. El perfume de las hierbas silvestres, despiertas con el vivífico relente, extendíanse suaves. Mugían las vacas al verse azuzadas ; más allá, llegando como el eco de un lejano cañonazo, el toro inquieto mugía á su vez ; los teruteros lanzaban sus gritos vigilantes y ansiosos dando la nota de claridad. Azulábanse en la loma los animales, gigantescos ; en el puesto vecino rielaba un fogón, algún gallo anunciaba la venida

del día; multitud de voces humanas se oían ya cerca, ya lejos, ladraban los perros, y de todas partes surgían como de un antro miles de vacas, que con instinto de brújula se concentraban hacia un mismo punto... Y desvanecíanse los últimos restos de la penumbra que aun flotaba... Después la aurora proyectábase en una densa nube ondeante en el cielo, que rosada como con el rubor de un bello rostro virginal, aclaróse poco á poco hasta triunfar cerulescente... Luego el día luminoso...

Horacio, cuyo «apero» recamado de plata era el más «criollo» de todos, capitaneaba luciendo «chiripá» en aquella ocasión á los peones, que presintiendo un certamen gauchesco, lo aguardaban con avidez. Todos montaron su mejor caballo, ansiosos por ver llegar el momento de lanzarse contra el enfurecido animal, que esperaba con las astas prontas.

Diego iría después. Mr. Celington venía atrás y con ojos escudriñadores cerciorábase de que todo estaba bien hecho. Su ligero sulky le per-

mitía servirse como del caballo, con menos peso para éste.

Llegó al « rodeo », dió una vuelta señalando su puesto á cada uno de los peones. Descendió del vehículo ; alguien le enjaezó la Oveja — como en voz baja llamaban á su caballo — con la montura inglesa traída por él debajo del asiento. Y se introdujo en medio de las vacas, sin fatiga para el trabajo, entre la nublosa é incesante polvareda, se le vió con traje de dril café, *culottes* amplias, polainas de cuero, y *helmet*, inconfundible con las demás gentes.

Los peones en esa faena, una fiesta para ellos, letabundos momentáneamente, hacían sus « suertes » con todo género de primores alternándose en sus sitios, comprendiendo el igual derecho de todos en ocasión tan solemne, á las mejores funciones. El « pial », nunca errado, daba en tierra con la bestia, cuya enorme masa desplomábase con el sufrimiento de un gladiador exhausto, y el estrépito de una arcada fatídica. ¡ Estaba rendida !... La algazara, los gritos, eran como una

diana ante las nuevas hazañas; entretanto, mugía ronco el novillo al sentir el hierro candente, la lengua se le enlodaba, saltábansele los ojos, sacudía la cola como fusta, contorsionábase con nuevos mugidos de desesperación, mientras los compañeros giraban sin cesar, y convergiendo sus miradas hacia el animal maniatado en el suelo, entonaban un asordante coro de lamentos casi humanos.

De cuando en cuando los cuidadores dejaban con astucia escapar algunos animales, y dos, tres peones corrían en el acto, revoleaban sus «lazos» y en tendida carrera el aro caía del aire sobre las astas del ovino, que inmediatamente retornaba. Horacio hostigaba á los paisanos, y siempre listo para cada bestia fugitiva ya tenía la « armada » pronta.

Diego sonreía, y diciéndose « que aquello era la última vez », les dejaba divertirse un poco. Convencidos de la benevolencia del patrón, el abuso se hizo sentir, y tras un novillo huyeron varios, y mientras un peón enlazaba allí cerca,

otro lo hacía en la loma lejana, llegando después con la res asida por los cuernos, que disparaba en busca de apoyo hacia el « rodeo » amontonado.

Diego, que continuaba dirigiendo el trabajo por intermedio de Mr. Celington, se agitaba, moviéndose nerviosamente, con fastidio, « porque aquello comenzaba á degenerar en juguete », y se contenía para no decir algo á su hermano, el más empeñoso en retardar la faena.

Á las doce suspendieron para almorzar. Horacio llegó el primero al fogón, donde los esperaba el « churrasco ». Los hombres lo rodearon, y el comentario, melancólico en su alegría, surgió, enganchándosele en su vuelo un chiste celebrado por todos con sonoras risotadas, mientras alguno volvía la cabeza hacia Diego y Mr. Celington, que á la sombra de un paraíso hacían los « honores » á los comestibles traídos en el cochecito.

El sol derramaba quietud en aquel espacio cubierto por la bóveda celeste, que extendíase inmensa y límpida como una pampa. Fuego des-

pedía la tierra, y allá, á lo lejos, las refracciones del aire ondeaban como incoloras gasas acuosas. El pelotón ondulante de vacas, en el cual algunas, faltas de espacio, encaramábanse sobre otras, abrióse un tanto. Después, muchas, con aspecto sediento, daban vueltas y revueltas buscando salida hacia el arroyuelo murmurante en el bajo.

Don Cirilo no quisó almorzar. Como alma errática rondaba, perseguido por fantasmas, viendo por instantes todo su pasado, como la polvareda levantada por el « rodeo », y su vieja existencia naciente en una aurora, se le aparecia para el resto de sus dias sin hojas, como árbol en crudo invierno.

— ¡ Al trabajo ! gritó Mr. Celington, mientras Diego montaba á caballo.

Rápidamente acudieron, y cada uno ocupó en el acto su puesto. Y la hierra, la última hierra, continuó con bríos de parte de todos, que veían con tristeza llegar la tarde. La tarea avanzaba, estaba por terminar, y al acercarse el fin, todos,

pandos, saboreaban aquel dejo, contribuyendo con desembarazo á prolongarla. Diego hervía de impaciencia á cada animal fugitivo, y conteníase para no salir tras él.

De pronto, á su frente, dejaron escapar seis novillos que huyeron por la inmensa sabana ; cinco de ellos fueron después traídos por diversos peones, no pudiendo distraerse en el sexto los cuidadores del « rodeo. » El trabajo iba á terminar, y ninguno deseaba perder aquella hermosa ocasión ; y todo manejador de lazo dirigióse hacia el animal que « había ganado el campo » ; pero paralizándose en el revoleo por la cercanía los unos á los otros, enredábanse, y los minutos pasaban y pasaban sin lograr nadie su intento.

— ¡ Hay que enseñarles á estos muchachos ! exclamó Don Cirilo : voy á echar el último tiro de mi vida. ¡ Que no se diga que donde hay un gaucho viejo se escapa un novillo !

Sacudiendo y aereando con altivez los sedosos y níveos rizos, disipó la nube que le abatía, rejuveneciόse, fulgurantes sus ojos, como poseído,

creyéndose el pasado vivo, el hombre de otros tiempos, elevándose á la categoría de representante de una raza viril, acerada como hoja de « facón » y lanzó su corcel á la carrera, mientras una curva negra, como rueda horizontal, describía giros vertiginosos por encima de su cabeza.

Á su vez Diego, no pudiendo dominarse, cansado por la falta de seriedad, dirigióse hacia Mr. Celington que, impávido, automáticamente rígido, presidía el trabajo, sufriendo ahora que algún astuto paisano mal agestado, al pasar fugaz tras una res, le hiciese blanco de sus burlas.

Mr. Celington, con orden de impedirles enlazar, galopaba mezclándose con los jinetes que, arrastrando sus lazos, perseguían al novillo. Solo Don Cirilo estaba listo para asirle. Diego, temiendo que desacataran sus órdenes, fué entonces, á su vez, á confundirse en el grupo. Una, dos vueltas, y aquél interponiéndose, les impidió revolver el lazo. Las gentes diéronse cuenta de que el patrón haria su voluntad, y que aquel animal, de volver, volvería sin ser enlazado.

Todos corrían : unos se adelantaban, otros permanecían atrás para salirle á la cortada, y Don Cirilo siempre el último, erguido como titán, esperaba el momento de asestar el golpe. De pronto, como la bestia perseguida describiera una curva, el viejo quedó cerca, distanciado de los otros enlazadores, é hincando las espuelas, apresuróse á hacer su tiro. Mas Diego y Mr. Celington estiraron sus briosos corceles y pusiéronsele al instante en medio. El viejo entonces, viendo ya muerta la tradición, cuyas raíces llenaban su alma, sintió acaso que un velo le obscurecía los ojos y la razón, y, al revolear el lazo, « pialó » de intento el caballo del inglés, que en la rauda carrera cayó de golpe, brutalmente, rodando sobre su jinete.

— ¡ Te basureó gringo ! exclamó un paisano al desviarse para evitar el caído, y recogió el lazo que arrastraba serpeando por el suelo.

— ¿ Querías ser dueño de tu terreno ? ¡ Ya lo compraste! agregó otro, sin dar importancia á aquella incidencia de la hierra. Diego se detuvo

para esperar á Mr. Celington. Su tardanza le contrariaba. Como permaneciera estirado en el suelo, inmóvil, boca abajo, se le acercó y apeóse, dando al mismo tiempo voces para que vinieran en su ayuda. Le dió vuelta. Tenía el rostro cubierto de sangre enlodada, los ojos yertos, flojas las carretillas, desgonzados los miembros. Estaba muerto.

Los peones llevaron el cadáver, mientras las tinieblas que descendían en enormes copos inundaban las campiñas... Los animales sumiéronse en la ya entenebrecida pampa, y el eco mortecino de sus mugidos repercutió lúgubremente...



Á ÁNGEL DE ESTRADA (hijo).

Celos

CELOS

La suave corriente llevaba *La linda Nena*. Entraba en el Luján, dejando San Fernando á la izquierda, oculto entre las boscajosas barrancas empinadas. Sobre el Río de la Plata amortiguábase poco á poco la luz, como si descendieran gasas invisibles; tres, cuatro veleros semejaban á lo lejos áureas gaviotas que bajaran á beber. Volvían los camalotes y las frutas con mordeduras, como inconscientes llevados por la vida; los residuos oleaginosos ponían manchas de moaré con irisaciones de carmín en las aguas que se deslizaban. Más arriba, las rojizas tejas de los cármenes blanquecinos surgían de entre los fo-

llajes frondosos. Detrás de las compactas arboledas, el astro se hundía en el horizonte, produciendo por lo bajo del cuadro una franja purpúrea que todo lo agigantaba; por encima, languidecían sus cruóricos fulgores, que proyectándose en las nubes, diríanse róseos grumos esparcidos en la comba celeste.

Una barca panzona, agotando las fuerzas de los robustos napolitanos que porfiaban contra la corriente, pasó al lado de *La linda Nena*. Crujían acompasadamente los remos de los conductores, chapoteaba el líquido lodoso, y los círculos concéntricos que en él se formaban encadenábanse con los producidos con la anterior remada, y se perdían luego como una sonrisa de las aguas...

— Addio, Beppo.

Los otros contestaron que era muy cómodo dejarse llevar.

Paolo y sus dos hijos, Juan y Luis, volvían de descargar carbón. Después llevarían fruta ó quizás leña. El viejo en la borda, á babor, impregnado de véspera suavidad, miraba el ocaso que

tarde á tarde extasía á los marinos. Era uno de los tantos lobos de mar: tez curtida, ajada como pelón pasado; dos arrugas profundas encerrábanle la boca en un paréntesis. La camisa de franela amarilla, sucia, sin botones, dejaba ver en su pecho un nido de pelos. Sus pantalones, arremangados hasta la rodilla, descubrían sus piernas tapadas también por pelos, á semejanza de caña de botas. El viejo pensaba en el cielo de su querida tierra, en la bahía de Nápoles.



— ¡Vamos á lo de Don José! exclamó Juan, impaciente por llegar.

Su padre le miró con extrañeza, y repuso con energía:

— *¡Non querés sinon vedere la mochacha!.. ¡Espetate, espetate un puo!*

La estridulante pitada de un vapor hízose oir á la distancia, pasó por la borda de la barca, y fué á morir en la inmensidad del estuario. Más allá, otro vaporcito, revestido de bronce, brillaba como un sol. En la costa, sucedíanse embarcaciones de todo pelaje, negras las unas, verde des-

leído otras, numeradas todas con pintura blanca en signos trazados por mano torpe. Los mástiles se confundían con las copas de los álamos. Una goleta atracaba, y su tripulación arriaba la atesada cangreja, que parecía llevarse un poco de la ocrosa luz difusa. Más allá aún, quieta, triste, veíase una balandra, de cuyo único mástil pendía una negra red, que semejaba un crespón empañado en lágrimas. Al frente en un meandro que cerraba el Luján como un lago, se perfilaba un esbelto yate, y su bauprés era un espolón desafiando. De cuando en cuando se oía un rumor, luego el ruido de remos que producían cabrilleos, y, albos, fugaces esquifes pasaban, y sus tripulantes se veían á lo lejos sentados como en medio del río... Y murmurios de cantilenas como de oréades fugitivas entre la selva...

Luis mostró también su impaciencia.

— ¡ *Anque tú* !.. exclamó su padre.

La corriente llevaba *La linda Nena.* Enfilaron un riacho con dos cortinas de tremulantes álamos, cuyas sombras apaciguaban en el día las

iras de los rayos solares. Más allá, abríase paso otro arroyuelo, ambas márgenes pobladas de sauces que lloraban como Magdalenas.

Juan y Luis recogían las jarcias, preparándose para el desembarque. En el apresuramiento por regresar, no habían tenido tiempo de bañarse; pelirubios ambos, presentaban máscaras de carbón en sus rostros dorados como espigas.

— *Cuela va bene*, dijo Paolo, al ver pasar un remolcador que arrastraba tres chatas cargadas de fruta. La envidia dilatábale los ojos.

El vaporcito hizo corcovear la onda, que fué á estrellarse en la costa. La goleta se balanceó, haciendo exclamar al barquero que se veía impotente para transportar tanta mercadería:

— *Ti mando un achidente*...

Gasas y gasas, azuladas, descendían sobre la tierra. La barca se deslizaba. Pasaron delante de una choza; sus habitantes, isleños fruticultores, se afanaban en botar una chalupa aburrida fuera del agua. Luego dejaron atrás un rancho disimulado entre follajes alegres. *La linda Nena* se dejaba siempre llevar, perezosa.

Paolo manifestó deseo de ir á una isla próxima, donde tal vez no ocurriría lo del año anterior, que no quisieron venderles fruta.

Luis movió la cabeza dubitativamente. Juan miró á su padre, y en un gesto involuntario mostró su desacuerdo. El viejo, patrón de buque, era imperioso; ordenóles marcharan hacia atrás. Ambos se levantaron con desgano, y cada uno alzó un remo tirado á lo largo de la borda. Zambulleron con estrépito las palas, y, á una voz, claváronlas en el agua con los brazos tiesos, duros, marcado el relieve de las venas azules, y detuvieron la barca. Luego empezaron á revolver el líquido, que parecía batido por la ebullición, hasta hacerla retroceder.

— ¡El bichero! gritó Luis.

Paolo acudió, enganchóle en una rama y, tironeando, hizo atracar.

Poco á poco, la evanescente policromia de luces opalina primero, luego cárdenas, sombras, rojos destellos, se perdió entre las negras brumas de la noche. En el cielo refulgían las estrellas;

su luz indecisa esquiciaba contornos. Á lo lejos, una, dos, profusas luminarias, avizoras pupilas, ígneas, de ojos invisibles en la obscuridad... Algunas embarcaciones, pairadas en las orillas, ponían en las aguas el ofidio quieto del reflejo de sus farolas, que el escarceo hacía culebrear. Los árboles uníanse, á la distancia en boscajona masa. Y en el silencio perdíanse los ruidos antes de que llegaran á la barca...

Se disponían á descender, cuando los isleños les comunicaron que no tenían fruta. Apoyándose en tierra se separaron de la costa, y continuaron la marcha. Paolo parecía pensativo; á poco llamó á su hijo mayor, y riendo bonachonamente ordenóle fuera á lo de Don José.

— ¡ Yo voy ! exclamó Luis. Pero su hermano, que esperaba ansioso ese momento, ya había saltado al bote. Juan remaba en la celosa canoa. Algún vapor pasaba veloz, bifurcando ondas en la tersura de las aguas. Su padre, haciendo bocina con las manos, gritóle que esperara en las Cinco Bocas si no se quedaba en la isla. El mu-

chacho remaba siempre, esforzándose por llegar pronto. Atracó á una escalerita endeble protegida por ramazones de sauces que vertían en el río sus floqueadas ramas. Deseoso de pisar tierra, descendió, y marchó hacia la casa. Era un rancho de adobe, que levantábase sobre un tablado á dos metros de altura; cacharros viejos negreaban en el suelo.

— ¡ Ave María ! gritó.

Salió un muchachón de frente fugitiva y rojos cabellos.

— ¿ No está Don José ? preguntó Juan.

— No, repuso el interrogado.

Juan guardó silencio un momento. Después, sonriéndose á sí mismo, se informó si no estaban Doña María ó Genoveva.

— Tampoco, contestó relampagueándole los ojos.

Una vela, sacudida la llama por la brisa, iluminaba inciertamente.

El recién venido sentóse bajo un parral cuyas hojas parecían amohosadas. El muchachón pene-

tró de nuevo en la pieza de donde saliera. Juan se impacientaba; en vano se preguntaba á dónde habrían ido los dueños de casa. Un instante después, los perros empezaron á ladrar, siguiendo por la costa la marcha de una embarcación que se aproximaba.

Del embarcadero llamaron á Pedrito.

Pedrito — así se llamaba el muchacho que recibió á Juan — salió corriendo.

Los del bote preguntaron si habia alguien, y como les hiciera saber que un joven esperaba, Don José, su mujer y Genoveva — eran ellos — echaron pie á tierra. Aquél se adelantó en busca del visitante, que suponía se interesaba por la fruta.

— ¡ Buenas noches!

— ¡ Buenas noches! repuso Juan, sorprendido al verle solo. Mas luego la presencia de Doña María y su hija, que seguían sus pasos, culebreando entre las zarzas, le tranquilizó. De tiempo atrás se conocían. Pedrito, imbecilizada la cara por la impresión, se habia detenido en el

dintel de la puerta, observando cómo se saludaban. Genoveva tenía fama entre los habitantes de las islas ; más de uno desviaba su barca para pasar por delante de la casa, y deleitarse en su rostro de azabachados tintes. Juan pagaba también tributo á esa belleza, y aun cuando nunca le faltaron ocasiones de departir con ella, jamás la había visitado. La impaciencia hormigueaba en su ánimo. Miraba ávidamente á la muchacha y la saboreaba de antemano, como á un jugoso melocotón. Recordó el propósito de su venida.

— ¿Buena fruta, Don José ?

Y el isleño, socarronamente, dijo que no era mala, que había escasez de buena fruta. Por esa razón no tenía apuro en vender.

— ¿Y cuánto?

— Hay que ver cuánto llevaría, observó el otro.

— ¡Ya se me quiere subir al árbol !

La tranquilidad con que Juan conversaba erizaba los pelos y los nervios de Pedrito, de pie inmóvil en la puerta.

Una voz debilitada por la distancia se oyó ;

salía de entre la espesura de noche que se entremezclaba con las frondosidades de los árboles.

— ¡ El viejo ! exclamó Juan levantándose perezosamente.

Don José, comprendiendo que el padre decidiría el negocio, se apresuró á hacerle venir.

Ambos dirigiéronse á la costa. Al verlos, Paolo exclamó :

— *¡ Ma perqué no iva a decirno!*

— No nos arreglábamos, repuso el hijo con fastidio.

Luis y su padre caminaban de proa á popa, apoyando largos palos en el fondo del río. Alguna barca pasaba á lo lejos como un rumor. Las sombras, grandes brochazos azulados, cubrían la festiva vegetación. Un ruido de cadenas luctisonó en la obscuridad... Luis saltó á tierra. Don José acercósele para verle la cara.

— ¡ Ah, es Luis ! ¿ Cómo está ? dijo el patrón, que conocía al muchacho de cuando estaba en la fábrica de dulces próxima. ¿ Y el viejo ? no lo veo.

— *Sono cui.*

Se saludaron amistosamente. Fueron invitados á cenar. Los saludos se repitieron con las dos mujeres, en presencia de Pedrito atónito, estatuado en la puerta. Una sospecha cruzó su mente, como un pájaro veloz.

Pedrito, huérfano, hijo de un « compadre » de Don José, vivia en la casa entre la indiferencia general. Trabajaba en todo y en todo con ahinco. Una llama secreta le animaba, y las vigilias le ponian macilento, seco, el rostro y el ánimo : estaba enamorado de Genoveva hasta el delirio. Para estar junto á ella, se comedia en ayudarla en los quehaceres domésticos, abrasada el alma por su presencia. Jamás se habia atrevido, sin embargo, á articular una palabra reveladora del misterio de su corazón. Por eso sabiale mal el trato confianzudo de estos forasteros, cuyas pretensiones marchaban á brincos. Á sus celos, agregábase la persuasión de la impotencia.

La comida fué rápida, urgido Don José en terminar.

Pedrito había abandonado el marco de la puerta; movíase de una parte á otra, asumiendo actitudes de gato montés. Su rostro tenía un gesto acre y miraba de soslayo.

El isleño y Paolo salieron. Hálitos frescos venían de lo lejos á mezclarse con el vaho caliente, flotante, que dejara el día. Caminando en la obscuridad hicieron negocio, sellándolo con el inevitable apretón de manos. De vuelta comunicó á sus hijos que al día siguiente cargarían. Á Juan sonrióle la idea de permanecer aquella noche en la isla. La conversación se hizo general; se habló de inundaciones, de frutas, de la necesidad de ayudarse para hacer la guerra á una gran compañía. Paolo puso el punto final, alegando que debía madrugar. Los huéspedes fueron distribuídos en diversas piezas; á Luis tocóle Pedrito por compañero.

Al cuarto de hora, todo callaba en el rancho isleño: Pedrito no dormía. Velaba devorado por los celos. Y así le transcurrieron las horas, con el pensamiento fijo.

El azul del cielo comenzó á disminuir su intensidad. Las estrellas se apagaban como chispas. Albeaba. Vacilante luz se insinuaba, surgiendo de entre las encrespadas ramas. Las perspectivas iban apareciendo; las sombras diafanábanse, y las cosas adquirían relieves. Veíase junto á la casa un horno sucio; más allá, otra casita, blanca, con techo de paja. Añosos árboles, gigantes retorcidos, alineábanse en la orilla del río. Sus hojas tremaban, y el viento perezoso llevábase el leve susurro. Más allá, á medida que se apartaba de la costa, incipientes sauces, espigados álamos, y luego, en una gran extensión circuida de serpeantes riachos, sucedíanse duraznos, perales, membrillos, manzanos, abrumados estos últimos por el peso de sus erubescentes frutos.

El barquero y sus dos hijos estuvieron temprano de pie. Juan saltó el primero á bordo, y tendió una planchada; limpiaron la cubierta de cosas que obstaculizaran el paso, y dieron comienzo á la faena.

Estridentes silbos rompían el silencio ence-

rrado entre los árboles, y era un saludo á la claridad que venía. Tras los silbos pasaban los vaporcitos alegres, hendiendo presurosos las aguas tranquilas, sin olas, como pájaros en las primeras horas matinales.

Los hombres iban y venían. Subían por un camino de madera, cuya elasticidad seguía los pasos lentos, acompasados, de los isleños portadores de canastas rebosantes de membrillos. Las frutas desbordaban, caían al agua alguna vez, y al hundirse producían un son hueco. Volcaban los cestos, y sobre cubierta se iba levantando poco á poco la pila. Los peones descendían por otra planchada, el declive los hacía apresurar y la tabla cimbraba como un trampolín.

El sol fué dorando el ambiente, y un día flavo, hialino, suave, permitióles proseguir el trabajo hasta terminarlo casi. Dejaron una pequeña cantidad de fruta para cargar á la mañana siguiente y hacerse luego á la vela.

Por la noche comieron con Don José. La presencia de Juan renovó las agitaciones de Pedrito,

que pasara el día sin zozobras, viendo lejos á los barqueros. Había jóvenes, había risas. Una guitarra, melancólica como tarde, se hizo oir, y fueron saliendo bailarines y cantores que alegraron las tinieblas. Pedrito, apostado en un ángulo de la pieza, inmóvil, veía, sin pronunciar palabra, á Genoveva en el abandono de una rama que cae, chispeantes sus pupilas, enrojecida como guinda, pasar de brazo en brazo ; sus ojos decían el mudo drama de su alma. Juan le obcecaba. Paolo, rendido por el cansancio, puso término á aquellos regocijos. Mientras se despedían, el padre dijo al mayor de los muchachos :

— *Anda ancrá el barco.*

— Más tarde, repuso Juan. Y una sonrisa burlona aleteó en sus labios.

Ese « más tarde » despertó sospechas en el ánimo de Pedrito. No le cupo duda, había connivencia, y era necesario estar alerta. Instalado junto á la puerta, no apagaba la vela para ver si así evitaba algo. Luis interrogóle varias veces, soñoliento : aquél velaba siempre, escrutaba las

sombras ; su corazón decíale que protegerían á Juan. De cuando en cuando asomaba la cabeza por la puerta y miraba. Los celos nictalopizaban sus pupilas. Escuchaba... Agrandaba el pabellón grande de sus oídos: escuchaba... Y el silencio, nupcial, penetrábale... Calma inalterada. Una ramita se quebraba á veces, algún fruto maduro caía, determinando un sobresalto en él. Luego, de nuevo, calma...

Crujieron extrañamente las pajas. « ¡ Pasos ! » exclamó Pedrito, y aguzó el oído. Á medida que se iba convenciendo, incorporábase en el lecho. « No hay como confundir, son pasos, y pasos no disimulados. » No le cupo duda. Su mente calenturienta decíale que era Juan dirigiéndose al aposento de Genoveva. Se levantó resuelto, se puso á seguir á la distancia á un hombre que caminaba en dirección al río. La noche estaba serena, apacible, encapotada. Masas de nubes crespas, lentas en su marcha, juntábanse ; más abajo, se extendían velos y velos lacios de otras nubes transparentes y veloces. Sólo en las alturas po-

día ensancharse la vista; en la tierra, todo lo circuía la negrura, acorralada á su vez por las arboledas. Pedrito apuraba el paso en su marcha sigilosa. El alma se le revolvía; una sed de venganza le entenebrecía. « Ahora á la vuelta preparas el golpe », se decía. El perseguido llegó á la orilla y se detuvo un instante, vigilado siempre muy de cerca. Se adelantó, miró si el ancla aseguraba el barco; como viera que no, se dirigió á la planchada y subió. En momentos en que transponía la borda, Pedrito salió corriendo de entre las sombras, y le dió un recio golpe, que le hizo caer desde lo alto á la bodega.

— *¡Dio!..*

No se oyó más... Pedrito, con enloquecida precipitación, producida por aquel grito revelador de su engaño, empezó á echar membrillos hasta dejar oculto el cuerpo del viejo barquero. Sacó la planchada, cortó las amarras, y la corriente llevó *La linda Nena...*



Á FRANCISCO SICARDI.

Victima

VÍCTIMA

Tronelli, transido de frío, arrastraba la carretilla por la Avenida de Mayo.

La urbe dormía. La luna columpiábase en la bóveda azul, diáfanamente pura, que cubría la ciudad como un fanal. Algunas nubes, volando como velos arrojados con negligencia, ocultaban á su paso la multitud de encendidas pavesas inmóviles en el cielo, que desvanecíanse poco á poco. La escarcha glaseaba las techumbres. En el cruce de las calles derechas como reglas, el viento filoso cortaba. En las calzadas laterales, en las lejanías de sus angosturas, sucedíanse las luces, formando un como collar estirado. En la

Avenida las titilaciones y balanceos de los focos eléctricos, enormes cocuyos suspendidos, hacían cambiar de sitio á las sombras de los árboles, que al penetrarlos la gélida temperatura, atontábanse en su desnudez.

El estercolero se detenía un instante para calentarse en las hornallas de los alisadores de asfalto. Y como alguno, cuyo rostro eran ascuas formando faz humana, se extrañara de verle, Tronelli, cascadeante el acento, hacíale notar su invariable exactitud en el trabajo. Rehuyó la conversación, y agregó :

— A domani. Y fuese saboreando el olor á alquitrán que le bañaba hasta los bronquios.

Cambió de mano para tirar el balde, y siguió su camino. Se detuvo. El ambiente frío, que le despojaba poco á poco del calor almacenado junto al fuego, le molestaba más y más. Apretábase la gorra para alcanzar á taparse las orejas insensibilizadas ; sus movimientos hacían sonar ásperamente la blusa azul endurecida por la humedad.

— Hace frío grévano! díjole al desembarcar en la Avenida un auriga que conducía á los últimos nocherniegos, presurosos por encontrar su mullido lecho.

El italiano, en un acceso de rabia, se indignó al ver que algunos iban á dormir cuando él salía á trabajar.

El campaneo de un tranvía, que se dilataba en el eco, reavivólo. Prosiguió su marcha perezosa, confundiéndose el ruido de sus pasos que repercutían, con los de algún caminante soledoso que se alejara impelido por el frío. Otro coche, cuyo conductor se arrebujada adentro, manejando desde allí, hízole pensar en su desgraciada suerte. Caminó largo rato. Sacó la pala y la escoba, y empezó á amontonar el estiércol diseminado en la calzada. Pensaba en sus compañeros, cuya mayoría desertara el trabajo, esa mañana, para declararse en huelga. « El frío, el frío », se decía para sí, « les hace quedarse ahora haraganeando. »

Los focos eléctricos, como si un pájaro aleteara

adentro, se apagaron y volvieron á encenderse repetidas veces rápidamente. Luego se extinguieron.

Una brisa, mensajera de la aurora, se levantó. En una extremidad de la Avenida, por encima de la Casa de Gobierno, una franja rosada, nublosa, ascendia. El alba entremezclábase poco á poco en las sombras, que se hacian transparentes. Las tinieblas desleíanse. Y el estercolero, obscuro como la noche fugitiva, miraba el amanecer portador de sus cotidianas desgracias. Y vino el dia, opaco, sin sol. Trescientos sesenta y cinco veces en el año, emprendia la misma peregrinación, y jamás el frio entumecióle como aquella mañana.

Las casas fuéronse abriendo, y arrojando á la calle sus moradores bostezantes. El sol, ya alto, asomó breve rato. El vaivén de las gentes animadas por el lucro aumentaba también. El movimiento de la ciudad avivábase; el bronco ruido de los carros, de los coches, el sibilante chirrido de los tranvias, los gritos de los vendedores callejeros aunábanse en un coro de progreso.

Tronelli continuaba barriendo. Los coches pasaban á gran trote, rozándole los caballos, sin que los cocheros le hicieran la menor advertencia. Se sintió llamar.

— ¡ Á ver si dejas el trabajo ! díjole un joven de buena presencia, á quien no conocía.

Tronelli le miró de soslayo y prosiguió su tarea.

— ¡ Ya verás si no te *plegás* á la huelga ! exclamó el recién venido.

No le contestó. El joven aproximósele.

— ¡ Ya verás ! ¡ ya verás !

El estercolero, con fastidio, agitando una mano, observóle su intromisión en asuntos que le eran ajenos.

— Soy de la comisión de la Federación Obrera.

El título contuvo á Tronelli. De pronto, suavizando el tono, le preguntó el porqué de la huelga.

— Por cualquier cosa, repuso el joven.

Y en tono imperioso agregó que era necesario solidarizarse con los compañeros, y no quedarse atrás para mejorar de jornal si los obreros triun-

fan, y estar bien con los patrones, « que son una punta de ladrones. »

Tronelli le miró, viéndole en el rostro tal sinceridad, que la cobardía de su acción se le presentó al espíritu. El frío le calaba. Tomó la escoba y la pala, las metió en el balde-carretilla, exclamando:

— Tenés razón. .. Y retornó por las mismas calles que recorriera horas antes.

* * *

La ola emigratoria arrojó á Tronelli á estas playas. En Génova la vida se complicaba con las frecuentes huelgas. Siempre las había resistido, y sólo consiguió vejámenes é inquietudes para su mujer, con quien se ensañaban los obreros. La lucha por el pan, que tantas veces le había faltado, era dura en aquella vieja capital. Su único hijo, que cuidaría su vejez, presentida llena de sinsabores, murió en una refriega huelguista,

que los obreros de los astilleros genoveses tuvieron con la autoridad. Vino á América con la bolsa congelada. La necesidad le obligó á ingresar en la cuadrilla municipal, con la esperanza de encontrar más tarde otro trabajo. Su mujer murió al poco tiempo, y quedó solo en esta América, que no era para él la tierra de la fortuna. Las huelgas, periódicas como las estaciones, también acá, obstaculizábanle. El año anterior, cuando estaban por ascenderlo, plegóse al movimiento ; su actitud hizole perder la confianza de sus capataces. Y este año, otra vez, la duda le detuvo. Habia vacilado ; mas luego, pensando que, huelguista, no mejoraría jamás su suerte, decidió trabajar. No se le ocultaron, sin embargo, las dificultades que su resolución le traería. Agitábanle temores ; pensaba en las penurias pasadas otras veces. Por eso, cuando el joven de la Federación Obrera, de seductora apariencia, le increpó, una puntita de razón penetróle, y encontró conveniente suspender sus tareas para proceder según el giro de los sucesos.

* * *

Ignoraba el motivo para ponerse en pugna con los patrones. Quería indagarlo. Lanzóse por las calles en busca de gente mejor informada. En las proximidades de la Boca, empezó á ver grupos de obreros agitados; otros entraban y salían de una taberna abierta en una esquina. Tronelli caminaba por la acera del frente, rimando con pies pesados su paso monótono. Se detuvo y leyó:

« Fonda de la Estrella del Cocodrilo », dijo mascullando un trabajoso deletreo.

Atravesó á la otra vereda. Empujó la puerta, y alargó el pescuezo como ganso, para asomarse. Permaneció un momento indeciso en el dintel. Contaminado por la atmósfera de entusiasmo reinante, entró. Un vaho agrio se mantenía en aquél como sótano. La humareda de tabacos pestilentes enturbiaba aún más la pesada atmósfera.

Culebreando entre las mesas, fué á buscar donde ubicarse. En un rincón encontró asiento libre. Sentóse y empezó á observar el sitio donde, casi inconsciente, habia ido á parar, mezclándose en esas bullanguerias suburbanas.

Era un antiguo caserón, de las pocas viviendas coloniales aun de pie, cuyos adobados muros han sido testigos de las sucesivas evoluciones del espíritu. En ella tenia establecida su fonda un astuto italiano, que sabia atraer clientela. El piso del edificio estaba á más bajo nivel que la calle, los techos, cubiertos de encajes de telarañas, se tocaban con la mano ; los tirantes desnudos, sin cáscara, escomido por el tiempo el blanqueo del que no quedaba sino algunas llagas. La luz penetraba por varias ventanas embarrotadas, como de vieja prisión ; los vidrios pequeños, sucios, llenos de ombligos. Como adorno en las paredes, varios semanarios en colores, y los retratos aureolados de Ravachol, la « virgen roja » Luisa Michel y el asesino de Humberto I°. El salón, amplio, estaba lleno de mesas. Tronelli acoqui-

nábase, atreviéndose sólo de cuando en cuando á echar una mirada de extrañeza sobre el sombrío cuadro. Un mozo se le acercó.

— ¿Qué toma?

— Un vaso de vino, contestó sin mirarlo.

El estercolero perdía la cabeza como cuando atravesó el mar para venir á América. La humedad, el humo, el olor de ropas viejas adheridas á los cuerpos, esencia de sudores nauseabundos, los vapores espirituosos de las bebidas, entremezclábanse en una nube flotante. Se sentía, sin embargo, atado por la curiosidad: quería saber á todo trance el motivo de aquella huelga, pues sus mismos compañeros lo ignoraban. Aguzaba el oído. Dejábase caer con negligencia hacia un lado para que no le escaparan las conversaciones de los vecinos. No lo conseguía; llegábanle apenas jirones de frases, « huelga, obreros, salario, capital, solidarizarse, reivindicación, usurpadores », vocablos sin significado para él. El mozo le trajo el vino.

— ¿Y todos estos son huelguistas? preguntó

Tronelli, poniendo la sordina de la timidez á su bronca voz.

— ¡ Claro que sí ! ¿ Y Ud. no ? repuso aquél, volviéndose hacia un grupo para depositar unos vasos. « ¡ Voy ! » contestó á alguno más lejos. Tres individuos, vecinos de Tronelli, encorvábanse echando el peso de sus cuerpos sobre las pequeñas mesas encharcadas por líquidos rebalsantes. Carianchos, con quijadas de potrillos, hirsutas las barbas de las que chorreaban bebidas; jaro como zanahoria el uno, foscos los otros, ennegrecidas las pipas negligentemente caídas de las comisuras de las bocas como tajos, las narices cuevas viejas, grasos los rostros hechos á la espátula, carroñosos, manazas que golpeaban las mesas, con movimientos desgonzados, embolsados en raídas blusas, soslayaban al recién venido y, refiriendo remembranzas de sus desgracias, denostaban implacablemente. Como recibieran la contestación dada á Tronelli por el mozo, le miraron con recelo. Aquél hizo vagar sus ojos por el recinto, para alejarlos de las escrutadoras

pupilas hostiles que espiaban sus movimientos.

Al rato, uno de ellos, catalán de pintoresca verba y corazón agusanado, barbotando, exclamó que los barrenderos, los peones municipales tenían ganada la huelga. El estercolero no pudo contenerse y acercó la silla para oir mejor. Al fin sabría el porqué tan ansiado, que estaba dispuesto á aceptar si era justo.

— ¡ Ah, sí ! observó otro de los vecinos.

— Esos piden qué sé yo cuanta cosa, y algo han de obtener.

Tronelli se acercó más. Él era peón municipal, y no sospechaba tal cúmulo de exigencias, nunca mencionadas entre sus compañeros.

— ¿ Y qué piden ?

— Aumento, disminución, que no despidan parte del personal.

— ¿ Y eso, qué es ?

Tronelli clavaba sus ojos como lechuza, y no comprendía la razón para dejar el trabajo.

— Esa es la verdadera causa, prosiguió el obrero.

— ¡ Qué osadía despedir parte del personal !.. Por supuesto que los compañeros...

— Los compañeros como un solo hombre... ¡Todos ó ninguno ! Y el Intendente, algún puerco podrido en plata, dice : ¡ ninguno !

La boca de Tronelli, en su asombro, abrióse hasta las fauces. Tuvo ímpetus de irse, manifestar su desacuerdo con las peticiones, no encontrando motivo para la huelga.

— ¿ Y cuál es la razón que tienen para despedir ?

Y el interrogado dijo que unas barrenderas nuevas, muy poderosas, no requerían tanto personal y entonces no los necesitaban y los echaban.

— ¡ Por eso, amigo ! ¿ Quiere decir que todos estamos expuestos á quedarnos sin trabajo ?

— Así es.

Tronelli absortóse. Ya por tener otra idea de la justicia ó por ser laborioso, para él nada era más justo que, si no necesitaban tantos barrenderos, disminuyeran su número. Por otra parte, no comprendía el alboroto cuando no escaseaba

el trabajo. « ¡ Los descontentos que se vayan ! » pensaba para sí.

— ¿ Y ellos solos se han declarado ? preguntó el italiano.

— No, tienen un director.

— ¿ Quién ?

— Sosa, el que fué candidato, un catalán muy ducho.

— ¡ Ah, buena ficha !

— No diga.

— Si á nosotros nos cobró veinte mil pesos por declararnos la huelga el año pasado. Vive de eso, y está platudo.

Tronelli iba comprendiendo la huelga como un negocio para alguno. Al fin no pudo resistir, y, sacando fuerzas de su flaqueza, se aproximó á los desconocidos, hízoles saber que era barrendero y deseaba saber lo que pasaba entre ellos.

El catalán le preguntó si era del partido; como Tronelli declarara que no lo era, uno de ellos, con gesto agrio, le manifestó la imposibilidad de satisfacerle.

— Pero seré si encuentro razón.

Los cuatro compañeros se miraron interrogativamente, le escudriñaron sin decidirse á hablar. Al fin uno dijo :

— Vea, amigo, en estas cosas los trabajadores siempre tienen razón. Así creo yo, y es por eso que creo que las huelgas son santas.

Tronelli balbucía desconcertado :

— Sí, sí.

Otro de ellos, orador de su gremio, agregó en un acceso de entusiasmo, que « el proletario es la fuerza de las naciones modernas, y es entonces necesario que los gremios se fortifiquen para aumentar esa fuerza. »

Todo era ininteligible para el estercolero. Asentía, sin embargo.

El obrero, agitado, prosiguió diciendo « que la vida del proletario no puede quedar á la merced de los patrones, que aumentan sus ganancias sin beneficiar al jornalero. Después, mi amigo, por cualquier cosa le despiden á Ud. y le dejan con sus numerosos hijos hambreando hasta que

encuentre otro trabajo... », gozoso en emplear vocablos desconcertadores para Tronelli.

Éste miraba al desconocido que se agigantaba á sus ojos. Las ideas se le revolvían, tironeándole en opuestos sentidos. No veía una explicación á su alcance, sin embargo. « De seguro, pensaba, que me van á echar por haberme plegado á la huelga ; los que no lo han hecho serán por cierto los que quedarán atendiendo las barrenderas que han traído. » Alguno recordó que esa noche había reunión en *La Unione e Benevolenza*. Tronelli permaneció pensativo.

— Vaya á la reunión esta noche, á las ocho, dijo alguien.

El estercolero no cejando en su propósito, pensó que allí le aclararían sus dudas.

La tarde había caído. Parecióle que las lobregueces de la sombría fonda traían malos pensamientos. Una lamparilla de vidrios ennegrecidos agrandaba los bultos de movimientos tardos. Las voces sonaban misteriosas, veladas, como no queriendo ser oídas. Tronelli, que no era hombre

de empresa, se retiró. Ya fuera, volvíase de cuando en cuando para ver la taberna, cuya obscuridad ponía ojeras en las luces. Caminando con fatiga, desconcertado por las conversaciones que oyera, llegó al sitio donde se celebraría la reunión.

*
* *

Eran las siete de la noche. La calle estaba silenciosa aún. Fué en busca de un mendrugo y sentóse en el umbral, á esperar la hora. Los huelguistas, malcarados por el hambre unos, empezaban á llegar en bandadas bullangueras, estacionándose delante en la puerta. De una esquina doblaban otros más, cada vez más, bañados en entusiasmo. Algunos, ebrios, se hamacaban en las piernas, tentaleando las paredes. Casi todos se conocían; si no era así, el común espíritu de rebeldía, la comunidad de intereses, vinculábalos hasta la confianza. Los vigilantes se entre-

mezclaban con los obreros deshaciendo los grupos y los empujaban para que no se detuvieran.

— « Siga su camino », era la voz repetida sin cesar.

Abrióse la puerta, y la pueblada entre apreturas que hacían andar sin quererlo, en oleaje formidable, penetró en el salón. Algunos, conocedores del local, habituados á esas efervescentes reuniones, corrían á ubicarse en los asientos de las primeras filas.

« Vení paracá, Giovanni », decía alguno. « Yo me voy arriba », decía otro.

Tronelli clavaba los tacones en el suelo para resistir los empujones. Miraba al techo, observaba con beatitud las paredes, las banderas y flámulas tristes, no agitadas por brisas; los escudos repartidos en el balcón de la galería alta. Estaba en un mundo nuevo para él. No se atrevía á comunicar sus vacilaciones é ignorancias á sus vecinos familiarizados con tales espectáculos. Aquél no era su sitio, pensaba. Sentía acelerarse su corazón. La sala caldeábase con los jadeos de la

concurrencia. Casi todos de pie, con hambre de bochinches, enlodaban las alburas del recinto con su jerga exuberante de juramentos. El mar de cabezas cabrilleaba. Las luces eléctricas enfocaban rostros que no tenían las arrugas de las risas, escualidecidos por el odio, y á lo lejos, matizando el color negro predominante, azulaban las blusas.

Tronelli, venciendo sus timideces, había adelantado poco á poco, aprovechando el vaivén de la abigarrada multitud. Vino á quedar cerca del proscenio, donde departían amistosamente algunos dirigentes.

Por sobre las cabezas remolineaba la bulla, los gritos guturales; agitaban sombreros, pañuelos rojos. El escenario se inundó de pronto con las personalidades del partido. Las exclamaciones entusiastas, los frondosos manoteos de la muchedumbre llegaron al paroxismo. Parecía imposible que si alguien hablaba consiguiera hacerse oir. Los siseos, asordinados al principio, con toda la penetración de sus estridencias luego, multiplicáronse y fueron decreciendo después poco á

poco, hasta apagarse al fin. El silencio se hizo. Los oradores eran numerosos. Uno de ellos vomitó sus diatribas contra el orden social. El calor subía. Jirones de sus frases harapientas llegaban á Tronelli, que el asombro estatuaba en un rincón. Los aplausos de callosas morrudas manos sacudían el ambiente con su estrépito.

Dejó la palabra á un joven de aspecto sesudo y viril. Éste blandió su verba de convencido, sincera, un derroche de sentimentalismo, de austeridad. Mesurado, no tuvo éxito.

Tocóle el turno después á otro orador, cuyas crenchas apelmazadas dábanle un aire de condottiere hambriento. Y empezaron los himnos de odio que fulguraban en sus ojos con dilataciones atropínicas, eternos cantares de sus almas careadas. El éxito fué grande. La concurrencia oleaba. Vientos anárquicos encrespaban las greñas de aquellos seres de imaginaciones borrachas. Los ánimos ateábanse más y más. Las palabras tropezaban al entrar en el oído duro de Tronelli, y se perdía en el maremagnum de tantas verbosi-

dades. Empezaba á desesperar. Había concurrido á aquel sitio en la persuasión de llegar á informarse allí de los verdaderos motivos de aquella huelga, común á varios gremios. Encontraba, en su ininteligencia, que no trataban *casos*, los oradores generalizaban sin descender á ocuparse de los gremios uno por uno, como supuso lo harían. En el intervalo entre un discurso y otro, más lanzado ahora, interrogaba á sus vecinos en la confianza de las apreturas, que de cuando en cuando hacían saltar á alguno para atrás. Así se iban renovando los concurrentes. Una blusa semejante á la suya le llamó la atención. El que la calzaba, revolvíase obligado por el oleaje. Tronelli le miraba con insistencia, tratando de traer á su memoria á aquel sujeto, barrendero como él, á juzgar por su indumentaria. Joven, sin bigote, entrigueñecido por la suciedad, desmirriado el rostro como de ñandubay, huero un ojo, no tenía sino la vida comunicada por el otro. La suerte le trajo junto á él.

Otro orador subió al proscenio, y continuó las

iracundas letanías, con voz aguardentosa, gutural. Fué tan poco explicativo como los anteriores. Tronelli no prestó ya oído, prefiriendo conversar con su compañero.

Quiso saber si era huelguista.

— ¡ Cómo no !.. repuso el interrogado.

Tronelli aventuró su obligada pregunta sobre la causa del movimiento. El otro habló de la barrendera que los dejaba sin trabajo, y agregó que Sosa había conferenciado con el director.

Los bramidos del que peroraba, amenazando tragarse á los ricos « que nacían con instrumentos en las manos para torturar á los pobres », decía, les distrajo un momento, sintiéndose contagiados por la efervescencia que subía, como espuma. Prosiguieron luego su diálogo.

Tronelli, recordando lo que oyera en el café, dijo que Sosa explotaba á los obreros. El muchacho quedó absorto.

La onda, en su retirada, separó á Tronelli de su compañero.

Aquél, desesperado por su falta de entendi-

miento, no prestaba ya atención. Dos, tres oradores prosiguieron el rosario de vituperios, y la concurrencia comenzó á retirarse, dejando tras sí la estela de sus entusiasmos.

Al salir, Tronelli sorbió, á grandes bocanadas, el aire de la noche fría. La muchedumbre, antes compacta, se abría como una malla. Algunos grupos se estacionaban á la espera de los prohombres ; otros se diseminaban en la calzada.

El estercolero salió con un pensamiento fijo : volver al trabajo.

*
* *

Al día siguiente, después de presentarse en el corralón de limpieza, entre las brumas matinales heladas, cuando el lucero, coruscante ojo, le miraba á su paso, comenzó su peregrinación. Recorrió el camino habitual. Llegó ó inmediaciones de la Plaza de Mayo, y empezó á barrer con

decisión las basuras, el detritus adherido durante el día anterior, que no hubo barrenderos.

Las primeras horas transcurrieron silenciosas. Más tarde, los huelguistas violaron su actitud pacífica. En los centros apartados, donde acostumbraban á reunirse, la policía haciendo uso de la fuerza, disolvió grupos amenazantes. Otros gremios se habían retirado también del trabajo.

Sobre la ciudad flotaban rumores de baraúnda, presagiábanse escenas violentas. Los *guardias de seguridad* se estacionaban en las esquinas, esparramando los trabajadores detenidos.

Tronelli barría el pavimento, haciendo montoncitos de bosta para traer luego la carretilla y recogerlos.

Entre tanto, algunos grupos, en actitud hostilizante, engrosaban. Los guardianes atropellaban, recibiendo rechiflas enconadas. Á la media cuadra produjéronse disturbios. Los agentes dejaron sus puestos corriendo á mezclarse en la muchedumbre. Los huelguistas sitos en la esquina comenzaron entonces á arrojar piedras; las más

iban dirigidas á Tronelli. Una columna deshecha desembocó en aquel momento; se detuvo, y contagiada por los barulleros se entrometió en la gresca. La lucha comenzó entonces decidida. Los policianos desnudaron sus sables y arremetieron á los obreros que, armados también, se sostuvieron por largo tiempo. La vociferante algarabía iba en aumento; un sablazo hacía sonar costillas, más allá rodaba alguno, los oficiales acudían al llamado de los pitos de alarma. Sonó un tiro, y los concurrentes se abrieron, emprendiendo la fuga; otros permanecieron resistiendo á la tropa. Los estampidos sonaban con sequedad, los grupos remolineaban. Tronelli en la refriega, sin poder escapar, recibía copiosas pedradas, golpes, palos. Una descarga, otra, otra más, y Tronelli cayó. La lucha prosiguió; acudieron nuevos agentes, y con el refuerzo dominaron, quedando la calle limpia de huelguistas.

El estercolero, en grave estado, fué conducido al hospital. La muerte cortejóle varios meses, sin poderle arrebatar.

II

Tronelli salió del hospital. Dos días recorrió las calles sin encontrar trabajo, sin comer, afónico del hambre que yermaba la vida de sus ojos. La ciudad le infundía terror. Las fiebres pasadas mantenían vivos los recuerdos de la refriega en que le tocó la peor suerte. Varios días de vagabundeos le proporcionaron ocasión de ganar lo necesario para salir al campo. Una mañana huyó de la capital. Todo su equipaje llevábalo en un pequeño lío. Tomó un tren al azar. En el viaje, algunos pasajeros de segunda clase, le dieron la idea de dirigirse á una estancia. Descendió en Arrecifes.

Sin más vehículo que sus piernas, se encaminó

por la carretera que conduce al Baradero. Marchó á la ventura. De cuando en cuando se detenía para descansar sus miembros fatigados. En su distracción observaba la llanura dilatada, con accidentes como corcovos de potro. El rechinar de un carro percibíase indistinto primero, poco á poco más claramente, y al verle pasar luego á su lado, asaltábanle deseos de gozar de sus comodidades. Y el carro se alejaba, perdiéndose el chirrido en la inmensidad pastosa. Le seguía con la vista, y muy pronto el bulto, cada vez más pequeño, se borraba también. Caminaba. Una lechuza, parada en un poste, revolvía la cabeza descoyuntada. Sorprendiéronle sus ojos redondos, fieros, llenos de funestos presagios. Continuaba. Volvía á detenerse; tal cual jinete pasaba al galope fatigado de su caballo; luego al tranco venía otro, cuya bestia masticaba el freno. Después otros más atabalearon en la dureza del camino. El estercolero seguía su marcha. Un nuevo jinete, al paso monótono, olvidábase en la pradera, que no parecía renovarse. Otra lechuza,

quieta, á semejanza del nadador haciendo la plancha, suspendida, aleteaba de cuando en cuando para sostenerse, estridulando al mismo tiempo sus metálicas notas.

Á la derecha, más allá de las praderas verdegueantes, con rayas como *matrapampa*, donde las vacas omnícromas semejaban pelotas rodando en la cuesta, percibió un monte grande, que llamó su atención.

« Allá voy », se dijo Tronelli. Y al desvanecerse la incertidumbre de su rumbo, recobró fuerzas para continuar la marcha. Sentía entumecidas las piernas, y no veía más cerca la población. Al pasar por un « puesto », un hombre que sacaba agua del pozo, dióle las buenas tardes. Esquicióse la alegría en el rostro de Tronelli al notar la dureza de su acento italiano. Amistáronse.

— No prichitsa trabaco, preguntó Tronelli.

El puestero, befando el cigarrillo que colgaba de sus labios, repuso que en la estancia precisarían posiblemente. Luego entró en explicaciones,

diciéndole que estaban esquilando y no abundaba la gente. Como debía llevar unos lienzos pedidos por el mayordomo, le ofreció conducirlo. Mientras enjaezaban las bestias, el estercolero refirió su odisea, apenas escuchada por el italiano, que se esforzaba por enfrenar un caballo. Cargaron el carro.

— ¡ Eh, Giovanni !... gritó desde la puerta la mujer del pastor, que era una cabeza sin pescuezo clavada sobre su cuerpo, una barrica : ¡ veñí almozá ante de partí.

« Si me convidara siquiera con una cebolla », pensó Tronelli.

— Vegni, díjole Giovanni. Y penetraron en la cocina.

El suculento olor despertó ansias perturbadoras en su estómago aletargado. En beatífica perplejidad al ver la humeante caldera, miraba el sahumado vapor, estiraba el pescuezo y abría la nariz para sorberlo.

— ¡ Séntase ! exclamó el puestero sin apearse de su diabólico castellano, arrojando su chambergo duro por la enlodada grasitud.

Obedeció. Diéronle un plato de latón enmohecido, repleto de caldo amarillento de ojos de grasa; luego dejaron caer en él un pedazo de carne, que hizo rebalsar el líquido sabroso. Tronelli, con voracidades de dogo, agarró con las dos manos el trozo de carne hincándole el colmillo, y tragóselo en un relámpago. Chupóse los dedos sonoramente, sorbiendo después el caldo. La placidez movió su rostro duro; se atrevió á tender el plato para que le obsequiaran otra vez. El puestero tirándose la barba, le miró con extrañeza, agestando su visaje, ojos, nariz, boca amontonados. Metió, sin embargo, el cucharón, y volvió á darle, con desgano, una nueva presa.

Tronelli se sentía satisfecho, sin deseos de abandonar aquel sitio donde seguramente le darían también de comer. El italiano, ya listo, gritóle:

— Vamós pronto.

Tronelli echó mano á su minúsculo lío, dijo adiós á la mujer, y subió al vehículo. Partieron acompañados por el traqueteo del carro. En el

camino no hablaron. El estercolero resistía los zangoloteos, y absorbíase en sus temores de no encontrar trabajo. Asustábale lo desconocido. La población se aproximaba. Entre el verde obscuro de los pinares emergía el depósito de agua como una hoz bermeja. Los árboles, que ocultaban sus sombras del sol, vistos de lejos, eran un solo follaje enorme, y al acercarse se separaban unos de otros; dos casitas de resaltante albura adquirían formas de tales. Un cerco los detuvo. Giovanni echó pie á tierra é hizo rodar una tranquera, tirando el caballo de la brida para pasar. Entraron en una doble fila de añosos eucaliptus, que se estrechaba al acercar á las casas. Tronelli interrogaba á aquel mundo nuevo para él. Doblaron por una calle circular, y se detuvieron. El lamento de la torcaz columpiábase entre los ramajes.

— Bacá. Cuesto e Don Pabolo, dijo el puestero señalando un hombre cincuentón, bajo, que la gordura de sus años redondeaba, tordillo, con luto hasta en la camisa, que se atusaba los bi-

gotes mientras leía el periódico á la sombra de un carro, recostado en la parte trasera, las varas rígidas derecho al cielo. Un perro que dormía, enrollado como un lazo, gruñó al despertarse.

— ¿ Qui e cuesto ?

— Il mayordomo. Pédele trabaco.

Tronelli no se atrevía. Su conductor le empujó. Á la memoria veníale el recuerdo de las penurias pasadas en la ciudad. De pronto saltó al suelo y sin titubear se presentó ante el mayordomo.

— Buena tarde.

— ¿ Qué quería ? repuso aquél.

— No prichitsa trabaco. Vignía porque m'ano detto que prichitsaba.

Don Pablo le miró un instante.

— ¿ Sabés esquilar ?

Tronelli vaciló. La misma palabra la había oído en el tren, y no sabía su significado. No se decidió á mentir.

— Yo credo que guardando... Y torció la cabeza para acabar la frase.

— No sabéis, agregó el mayordomo. Y permaneció luego pensativo un momento.

La contestación fué para Tronelli una cosquilla en el alma ; estremecióse pensando : « Éste no me toma. »

— Anda para el galpón, que ahora voy.

Tronelli, guiado por su *cicerone*, se dirigió al galpón. Estaban esquilando. Deseoso de conocer un trabajo del cual tanto se hablaba, penetró en el recinto.

— ¿ Qué buscas, grévano ? preguntóle un esquilador, uno de los tantos hijos del pasto puna, mascarada por la suciedad su faz, que animaban sus pupilas de tinieblas.

Dos, tres le miraron, incorporóse otro, habláronse entre ellos.

— Il mayordomo m'a detto di vegnire.

— Mirale la parada, observó alguno, de esclisiado rostro y cabellera como cardal.

— Habla como criollo, agregó otro.

— Si es una milonga.

Entrecuzáronse otras frases, pullas que pica-

ban á Tronelli como tábanos. Se detuvo á observar. Sorprendióse al ver el montón de innúmeras ovejas unidas, apretadas, formando sus lanas como una sola capa tendida. Los animales, pidiendo libertad en sus balidos, pasaban por una serie de corralitos acercándose cada vez más al galpón. Varios peones corrían, las atrapaban de una pata, tumbábanlas casi sin esfuerzo, asíanles los remos, colocándolas luego sobre una tabla donde las enfilaban. El recién venido se aproximaba para darse cuenta. Del otro lado de la tabla puesta como mostrador, un peón suspendía en peso el ovino que zangoloteaba por desmanearse, implorantes sus quejumbrosos balidos. El esquilador abría las piernas y le doblaba el pescuezo en el suelo para aquietar el animal; luego, con la sibilante tijera, cortaba instantáneamente el vellón, que quedaba unido como un manto. Un peón recogía la lana, el capataz culebreaba entre los esquiladores, inspeccionándolos, entregando á cada uno su latita como seña de su trabajo. Otro, un muchacho, bañaba con una regadera la

res que, desnuda de su ropaje, estremecíase de frío; una vez libre, irguiendo la cabeza, corría á buscar defensa entre sus compañeros.

Un leve rumor de canturreo de los peones, á quienes la ardilla de su temperamento impedía trabajar en silencio, confundíase en el amplio espacio del galpón con los silbos de las tijeras.

Un paisano levantaba los lienzos desbordantes de la lana, y, como cariátide aplastada por su peso, jaspeado el pescuezo por las venas henchidas, los llevaba á un rincón donde formaban montaña.

La llegada del mayordomo distrajo la atención de Tronelli; aquél conversó en voz baja con un esquilador. Luego dijo:

— Ché, apróntate para trabajar. Dejá tus pilchas.

— Tu equipaje allá, agregó socarronamente un esquilador, indicándole el sitio.

Una sonrisa aleteó en todos los semblantes; alguna carcajada se oyó. Le pusieron á agarrar ovejas. Tronelli entraba corriendo al corral, asus-

tando á los animales que se despavorían. Echaba mano á una pata, pero las coces que recibía le obligaban á soltarla. El peonaje celebraba las arremetidas y espantos de Tronelli con risotadas que llenaban el recinto. Cuando conseguía asegurar la oveja, después de muchos tironeos, la abrazaba por el pescuezo para llevarla con más facilidad.

Llegó la noche, y con ella el suculento banquete inesperado para Tronelli. Sobre las blanduras de un montón de paja, durmió un sueño pesado, tranquilo.

Los días subsiguientes transcurrieron para él en la misma tarea que le habían señalado. De cuando en cuando sus vehementes deseos de trabajar le hacían tomar una tijera, y su aprendizaje dejaba zebreadas por la sangre á las ovejas. Progresó sin embargo, haciéndose poco á poco á la remunerativa tarea.

La esquila terminó. Púsose fin á la faena, que absorbe la vida estanciera, con las carreras, pasteles y juegos tradicionales en esas fiestas. Vino

la paga. Tronelli se encontró con un caudal exorbitante para él.

Los esquiladores abandonaron el establecimiento, que quedó sumido en silenciosa tranquilidad, apenas turbada por los vientos. La duda, la negra incertidumbre presentáronse de nuevo á Tronelli. Más decidido, sin embargo, más hecho al medio, no vaciló en apersonarse á Don Pablo para pedirle ocupación.

— Sí, quédate, dijo éste, que se había dado cuenta de la decidida voluntad del italiano.

Despierta su codicia, temeroso de que le robaran el dinero, dióselo al mayordomo para que se lo guardara.

Las tareas se encadenaban, y así se fué quedando hasta que le tomaron de *mensual*. Religioso en el cumplimiento de las órdenes de sus superiores, trabajador insuperable, la nueva vida ofreciale siempre aspectos inesperados.

Su espíritu, obsedido por la desgracia cuando habitaba la ciudad, pareciale renovado. Vivía con esperanzas de mejorar su suerte, como pa-

sara con tantos otros que vinieran de inmigrantes cuyos nombres se repetían día á día. Esa era la vida paradisíaca del pobre. El pan, escaso en las poblaciones urbanas, se lo daba el campo hasta la saciedad generosa. Las horas se sucedían sin tropiezos en el trabajo, y, por la noche, la buena comida y el sueño reparador, al abrigo de todas las inclemencias. Contento el estómago, reía el corazón. Sentíase bonificar por la melancólica quietud de los amaneceres perlados de rocío, vivificante la fragancia de los pastos húmedos. Y su espíritu, antes estrecho, se dilataba á semejanza de las esmeraldíneas, anchurosas praderas turgentes como senos, donde la mirada no encuentra muros, que en las ciudades dejan sólo percibir pedazos de la bóveda cerúlea. Así antojábasele se abría allí el porvenir. Luego contemplaba el tapiz del alfalfar azulado por el velo de sus flores, sobre el cual las rubias mariposas piruetеaban, subían, bajaban á manera de fuegos fatuos; las tardes de anémicas palideces le detenían con su languidez breve, é invadíale la infinita

bondad descendente sobre la planicie ; su pureza le dominaba y le sugería ideas sanas. Los horizontes se esfumaban, indistintos, hasta que el párpado de la noche caía... La comba celeste, cribada de estrellas, extendíase sobre el silencio, alma de la soledad... Alguna vez el argentado plenilunio animaba el paisaje.

Tronelli no comprendía porqué la plétora de artesanos no abandonaba los sombríos suburbios de la capital, para traer sus actividades al campo.

*
* *

Al llegar la cosecha faltaron peones. Se dieron pasos en los alrededores, se pidieron á las localidades vecinas: todos estaban colocados. En Tronelli surgió entonces un pensamiento generoso: hacerse el heraldo de la vida rural, ir á los centros urbanos á llamar á los jornaleros sin

pan ni trabajo, que arrastran sus odios por las calles. Ir; traerlos, mostrarles las pampas, donde verían en lontananzas las rudas miserias pasadas, enseñarles aquella existencia, como sueño, sin hacinamientos, donde la naturaleza brinda dones que guarda en sus entrañas maternales para los que llevan la semilla de sus energías... Allí, recibirían el primer beso de la vida...

*
* *

Tronelli participó su idea al mayordomo; éste aplaudió el proyecto. Don Pablo convinieron facilitaría el desempeño del encargo.

Antes de ausentarse, Tronelli quiso percibir sus haberes acumulados de tiempo atrás. Pensaba depositarlos en un banco seguro, y no hacer uso de ellos sino cuando la vejez debilitara sus brazos vigorosos. No se decidía, sin embargo, á hacer el pedido.

*
* *

Una noche, después de comer, Tronelli se dirigió al escritorio del establecimiento.

— ¡ Permeso ! dijo antes de entrar.

La pieza era estrecha, enjalbegada. En un ángulo, un lavatorio de latón, pintado de amarillo ; en las paredes, fustas, fusiles herrumbrosos, hierros para marcar ovinos. En el medio, una mesa cubierta de polvo, papeles en desorden, dagas, revólveres ; echado sobre ella, Don Pablo gacha el ala del sombrero, leía en voz baja los periódicos, junto á una lámpara envuelta en una gasa de mosquitos. Levantó la cabeza, y la luz le incendió el rostro.

— ¿ Qué te trae, gringo ? ¿ Siempre tu idea ?.. preguntóle.

— Bisogno que mi paga, repuso Tronelli turbado.

— ¿Á esta hora? ¡la ocurrencia!

El italiano se demudó.

— ¡La hora, la hora, cosa fa! dijo con decisión.

— No tengo dinero.

La respuesta le hizo retroceder. Tras breve hesitación, agregó:

— ¿Il mio danaro non e la in el cacón? Te digo sempre, tutte le mese, di guardá cuelo qu' io videco. Y una nube de ira ensombreció su faz.

— ¡Anda, hombre! Otro día. ¿Vos crés que lo guardo acá?

El trabajador manifestó que no podía irse sin dinero, que deseaba depositarlo en Buenos-Aires, donde tal vez no volvería en mucho tiempo. El mayordomo hízole presente en términos soeces, agresivo el ademán, que le era imposible, de la noche á la mañana, desembolsar suma tan fuerte, ni aún con una orden para la casa del pueblo.

Los ánimos se iban agriando. El italiano se

agitaba nervioso, despierta una sospecha en su espiritu: « Si no me quisiera pagar nunca... » La idea le hacia saltar los ojos y apretar las muelas y los puños. Exclamó iracundo:

— ¡ Quero la mia moneda ! ¡ Non sono sicuro!

— ¿ Qué decís, grévano? Hijo de... Y se levantó.

Tronelli, clavado en el suelo, lanzó la saeta de sus pupilas. Volvió á repetir:

— ¡ Il mio danaro ! ¡ Dame !

— Mandate mudar.

Y le indicó la puerta.

— ¡ Il mio danaro !

— ¡ Salí !...

Y Don Pablo marchó hacia él y le dió un empujón.

El italiano, ciego, quiso descolgar una escopeta que pendia á un garfio; pero su contrincante estuvo de un salto junto á él, revólver en mano.

— ¡ Salí !... Y volvió á empujarle.

Á no ser el arma con que Don Pablo le detenia, hubiérale estrangulado.

— ¡ Maledetto ! ¡ que venga un rayo e te parta! La mia vendetta arriverá.

— Volá de la estancia, decía el mayordomo con tranquilidad, al ver que no se le atrevía. ¡ No te pago ni hoy, ni nunca !

Tronelli temblaba. Rojas visiones le nublaban la vista. Desesperaba, y ahora se daba cuenta de que no todas las aversiones contra tales gentes eran inmerecidas ; comprendía los odios obreros y la justicia de las reivindicaciones ; veíase obligado á abandonar el campo que llama á los trabajadores, ofreciéndoles risueño porvenir, cuando empezaba á disfrutar de tranquilidad, y á colmarse sus afanes.

— ¡ Mi trabaco, ladrón !.. rugía desde afuera. Y le mostraba el puño terriblemente amenazador. Una catarata de juramentos se derramaba de su boca.

Don Pablo corrió hacia él, fusta en mano, y le cruzó repetidas veces la cara.

— Paque aprienda. Llévenselo.

Algunos peones habian acudido á presenciar la escena.

— Che, Eufrasio, agregó, móntalo á caballo y llevátelo hasta la portada, y que no le dejen entrar al campo. Te voy á enseñar.

Y Tronelli vino á confundir sus gruesos lamentos con los indóciles que en la capital luchan contra la tétrica y encarnizada miseria.



Á MANUEL UGARTE.

Ciencia fatal

CIENCIA FATAL

Al través de las arboledas extendidas á un costado de la *población*, veíase el sol, como un abanico de rayos, próximo á ocultarse. Los paisanos, fustigando sus trasudadas cabalgaduras, llegaban uno á uno á las casas. El cencerro de la *madrina* tañía con el ritmo del trote, acompañado por el seco y monótono golpear de los cascos de algunos caballos que, uno tras otro, la seguían. Avanzaba el crepúsculo moroso, y á medida que avanzaba, acercábanse los balidos de las ovejas; los matices del día luminoso se disipaban bajo un velo; los gritos adquirían extraña sonoridad; el piar de las gallinas sorprendidas en pacíficos

sueños cesaba al instante ; un caballo revolcábase con fruición ; y allá, á la distancia, vagamente espejeante, percibíase una laguna.

Sin hablarnos, penetrados de aquella apacible agonía tarde á tarde renovada, Carlos y yo nos encontrábamos en el corredor de la *estancia*. Aquel año fuí á pasar un mes con él, huyendo de los fuertes calores que enrarecen la atmósfera de Buenos-Aires en verano. Las faenas de campo eran para mí una distracción, y siempre secundaba á Carlos, con gran contento del peonaje, solícito hacia « el pueblero ».

Poco á poco aquella rumoreante vida fué apagándose hasta perderse en el mutismo de la noche inefablemente piadosa. Á hora oportuna entramos en el comedor, cenamos, después hicimos música, y leímos con avidez los periódicos recién llegados ; luego salimos á refrescar nuestras cabezas antes de recogernos.

La noche empezaba á vivir. Las luciérnagas escintilaban ; el estridente chirrido de los grillos perforaba el silencio ; en la túnica de un azul real,

abierta sobre nosotros, las estrellas entretejíanse en guirnaldas, que iban á caer en los últimos confines del horizonte.

Los ladridos de un perro, luego de otro, y de otros que hicieron coro, expandiéronse en aquella silente quietud. Al rato, un rumor de galope acercándose...

— ¿Quién será á estas horas? exclamó interrogativamente Carlos.

La *tranquera* sonó, y una sombra deslizóse entre las tinieblas. Un instante después nos llegaba, entrecortado por momentos, el áspero arrastrar de unas alpargatas.

— Buenas noches, patrón, dijo alguien.

Sólo distinguíamos dos puntos blancos incrustados en la obscuridad. Carlos avanzó hacia él.

— ¡Ah! ¿Cómo te va? ¿qué haces por acá? Es Diego Marchena. Entra.

— Mal no más.

Con la luz de la lámpara, que proyectábase sobre el corredor, pude ver al paisano alto, cenceño, fornido, cara enérgica, broncínea, con

abundosa barba del mentón enrulada. Descubrióse, y se le vió la amplia frente blanca ; empezó á revolver el sombrero entre las manos. Sus ojos penetrantes buscaban siempre otros ojos : respiraba lealtad. Estevado, vestía bombachas y estaba en mangas de camisa ; tenía un pañuelo negro envuelto al cuello y alpargatas.

Diego Marchena, humilde paisano, había sido *puestero* durante muchos años en la *estancia* de Carlos. Honesto, leal, con la franqueza de una llanura, trabajador, vivió allí absorbido por su majada. Máxima, su mujer, su compañera, activa, hacendosa como no lo son la generalidad de nuestras campesinas, sabía aunar su esfuerzo con el de su « hombre. » Del matrimonio nació un hijo, después otro más, y luego otro, y la mano de Dios se los había arrebatado uno á uno, no quedándoles entonces sino « la Rosa », en quien acumulaban todo su cariño. Mitigadas sus penas continuaron felices en el rancho durante la pubertad de la chicuela, preocupándose de ella con solicitud excepcional en esa gente. Por la noche,

cuando « el angelito » dormía, pasaban largas horas hablando, entre mate y mate, de su porvenir, de lo linda que sería, de su casamiento, de lo que le darían, y este capítulo más que otro alguno engendraba anhelos de encumbramiento, llegando á pronunciarse alguna vez la palabra *dotor*.

La niña creció. Llegó el día en que fué necesario enviarla á la escuela. La maestra del pergamino encargóse de ella, pero á la semana la retiraron, *porque no podían vivir sin la chica*. Así pasaron varios meses sin resolver nada, pero al fin, después de muchos *conciliabos*, decidieron vender las ovejas é ir á habitar al pueblo, donde Diego encontraría trabajo. De ese modo, Rosa podría ir á la escuela. Así lo hicieron, y la vida continuó tranquila, con halagos para aquellos padres. Diego fué entonces resero.

*
* *

— ¿ Qué te trae por acá ?.. preguntó Carlos á Marchena.

Y éste contó que, una tarde, la niña volvió de la escuela antes de la hora de costumbre, porque se encontraba mal. Cayó en cama, llamaron al médico, la enfermedad continuó con alternativas. Los padres no se apartaron del lecho, pasando horas mudas, con la obsesión de los hijos muertos; ambos callaban, no queriendo comunicarse sus presagios dolorosos. El médico apersonóse una tarde á Diego, y le comunicó *que la niña no tenía remedio, que no había qué hacerle.* El paisano lloró, rogóle, le pidió que trajera á otro facultativo. ¡ No había remedio ! Pusieron velas á

santos, hicieron extraños votos: Rosa no mejoraba.

— ¡No vivir Don Pancho Sierra! ¡á él no se le moriría! exclamó Diego con voz lloriqueante.

Todo el norte de la provincia de Buenos-Aires, por donde se extendiera la fama de Don Pancho Sierra, el « médico del agua fria », estaba de duelo por su fallecimiento. En toda la comarca venerábase su nombre augusto para el gaucho, dispuesto siempre á galopar cien leguas con tal de recibir « la inextinguible » botella. Las gentes acudian en montón á la cabaña bienhechora del paisano que prodigaba el bien. Alguno le encontraba subido á un árbol, desde cuya altura evacuaba la consulta. Las paisanas en cinta deseaban conocer el sexo de su párvulo, y aquel ensortijador sabia darles contestaciones que, aunque aplicables á ambos sexos, ellas consideraban siempre acertadas. Alguna llegó á pedirle que tratara de « que el hijo fuera macho », y Don Pancho acogióla con aplomo, como si la ciencia no tuviera misterios para él. Era el Apóstol de la campaña.

— Vengo á buscarlo, repuso Diego.

— ¿ Á estas horas ? ¿ Para qué ?

— ¡ Para que me sane á la chica, pues !

Y Marchena le encajaba sus ojos relucientes.

— ¡ Á mí ! ¿ Y yo, qué puedo hacer ? exclamó Carlos, vagarosa la sonrisa que no acertaba á posarse en su rostro.

— Salvarla... articuló con toda la vehemencia de su dolor.

Y esperó la respuesta con ansiedad devoradora. Un instante la atimia se apoderaba de su ánimo, y quedaba postrado.

— ¡ Yo ! ¡ yo !... volvió á repetir Carlos.

— No se haga el chiquito, patrón.

— ¡ Pero, hombre !

— No me niegue, Don Carlos, si yo lo he visto. Venga, vamos, por lo que más quiera se lo pido. ¡ Se muere Rosa !

Y el paisano, impaciente por la negativa, insistía. Se hubiera dicho que á ratos todo su ardor tornábase en ira.

— ¡ Llegaremos tarde si no se apresura ! dijo Marchena enceguecido.

Yo observaba silencioso esta escena. Mi compañero vacilaba, su alma mitescía ya, y comenzó á hacerle preguntas, indagaciones sobre la enfermedad, sus síntomas, los remedios ; á todo lo cual contestaba con palabras arrevesadas.

— ¡ Patrón, apúrese por Dios, que se muere !

Y el grito desgarrador penetró el corazón de Carlos, que repuso rápidamente :

— Hacenos agarrar caballo.

Marchena fué á llenar su cometido, y nosotros nos retiramos á nuestros dormitorios. Me refirió que en la comarca creían que él curaba con palabras, haciéndome ver cómo había nacido esa fama.

En una epidemia del ganado, Carlos, al decir de los peones, realizó curas maravillosas. Como estaba instruido sobre la peste, sabía cuando el mal declinaba, y efectuaba la operación en presencia de todo el gauchaje en expectante silencio. Se entretenía en galopar alrededor del animal atacado, estrechando poco á poco el círculo ; sacábase luego el sombrero, miraba al cielo, y como

aspergiando con los cinco dedos de la mano, pronunciaba al mismo tiempo palabras sacramentales, misteriosas, subrayándolas con signos cabalísticos. Después algunos encargábanse de seguir la marcha de la enfermedad y ver si la bestia sanaba. Como tuviera éxito, la fama, ignorante de la superchería, fué extendiéndose.

En otros casos, á personas entonces, hizo curas de enfermedades mansas que ceden ante la ciencia doméstica. Pero cuando consiguió apaciguar á una histérica, *que tenía el diablo adentro*, sus pregoneros se multiplicaron.

— Los médicos dicen que no tiene remedio, agregó. Iré para satisfacer á este pobre, y no haré nada.

La desesperación del paisano hacía perder al relato toda su hilarante comicidad.

Media hora más tarde trajeron las cabalgaduras. Acto continuo, previos los votos que por la mejoría de la enferma hiciera la gente de la casa, salimos á gran galope.

Marchena daba rienda suelta á su caballo y con

ansiosa velocidad cortaba campo, dejando tras sí un rumor de fuga. La noche era lóbrega, de un negro aterciopelado que nos encerraba. La tormenta había subido, y de cuando en cuando saltaba el eco del trueno; la luz culebreante de los relámpagos grietaba la obscuridad.

El paisano galopaba, volviéndose á ratos para ver si Carlos no quedaba muy lejos. Éste quiso entablar conversación; pero aquél, como si no oyera, miraba las tinieblas y seguía su camino. Galopábamos. Los caballos poníanse pesados; las *lonjas* de los *rebenques*, empapadas en sudor, apenas sonaban.

El cisco suspendido en el aire empezó á caer. Trepamos una loma y divisamos el centelleo de luces del *pueblo*. Los caballos recobraban fuerzas. Como sombras entre sombras seguíamos la marcha, iluminándose de cuando en cuando las extensas praderas ocultas, por los mandobles del relámpago.

— ¡ Apúrese, patrón ! dijo Marchena.

Albeaba ya. Llegamos á las chacras del pueblo.

Doblamos por una serie de calles alambradas.

— Allá es, agregó, señalando una luz.

Minutos después saltaba de su caballo, dejándole suelto, y corría hacia el rancho. Le seguimos.

Desde afuera se oían los ayes de Máxima, y Marchena, espoleado por la idea de la muerte, entró con precipitación. Su mujer se puso de pie y corrió á arrojarse en brazos de su marido. Éste apartóla y se detuvo. No se atrevía á aproximarse á la cama. De pronto volvióse hacia aquella, y con el dedo señaló el cuerpecito al parecer gélido, blanco, exangüe, cirial, haciendo un gesto interrogativo.

La madre dejó caer la cabeza sobre el pecho. Marchena entonces, como con sonrisa petrificada, lanzóse sobre la criatura, gritando, besándola. Mas como le sintiera el rostro caliente aún, preguntó :

— ¿ Qué tiempo hace que murió ?

— Media hora, repuso entre sollozos su mujer.

La contestación le electrizó. Irguióse, miró á

su alrededor, se agitó, clavó sus ojos extáticos en la negrura de la penumbra. Echó un manotón á la mesa, y se detuvo rígido ; su sombra llenaba el aposento. En aquel instante apareció Carlos en el dintel de la puerta. Al verle, Marchena, rugiente, dió un salto felino, y cuando aquél inclinaba su cuerpo para entrar, arrojóse sobre él y le clavó un puñal en el vientre, exclamando :

— ¡ No quisiste venir á curarla ! ¡ Hemos llegado tarde !

El cirio titilante se extinguió, y una carcajada macabra fué á perderse en la noche...



Á ALFREDO ARTEAGA.

Salvaje

SALVAJE

Parco en palabras, hecho al laconismo de las voces de mando, el viejo comandante habló así:

« Viento, viento huracanado tenía en su alma. Su padre era cacique, su madre la pampa.

Las tropas nacionales llevaban la ofensiva á la indiada poderosa. Los salvajes sorprendían algunas veces, sin embargo, á las milicias, surgiendo nadie sabía de dónde. Lanza, caballo, boleadoras: tal era todo su haber.

Nació para el fragor, y en el fragor de cien combates vivió. En ocasiones toda su ira tornábase astucia, y capitaneando á sus compañeros,

envueltos en tinieblas, venía á robar las caballerías patrias. Y Catriel — así se llamaba — era feliz con simpleza; sentía la felicidad de la bravura, de la libertad.

Era un atlética estatua de bronce vivificada por el soplo de pampero que corría en su alma. Siempre detrás de su padre, preparábase á ser algún día cacique, eslabón á su vez de la tradición vieja, remota, perdida en los siglos, llanura inacabable como aquélla sin un nido donde vagaban.

La horda fugitiva se internaba siempre. La pampa desconocíalos. Una cumbre, gigante de cabellos canos, atraía las punzadas de sus pupilas, que no tenían el hábito de los obstáculos en la planicie. Una sorpresa, y proseguían. El gigante les dijo: ¡alto! Detenidos por él, una selva de lanzas enhiestas esperó al ejército, que iba dejando rezagados, así no morirían los cuervos insaciables y las águilas ávidas de ojos...

*
* *

Fueron deshechos. Catriel, mocetón, — tal vez un efebo indio — cayó en mis manos. Considerándole civilizable, le llevé conmigo.

Dura como una piedra era su alma : todo chocaba contra el salvajismo albergado en ella. Mi propósito era educarle ; puse gran tenacidad en conseguirlo. Resistía todas mis tentativas : hacerlo vestir fué una empresa difícil, infructuosa tal vez, si el frío á que lo condenaba la falta de ejercicio, no lo hubiera rendido. Arduos momentos pasamos en llegar á calzarle : sólo cuando vió con botas á algunos cautivos como él, no opuso resistencia. Y si tales victorias resultaron difíciles, más aún costó hacerle aprender castellano. Meses pasaron, y al fin habló. El indio comenzó entonces á amoldarse á las nuevas costumbres : no le faltaba inteligencia, y una vez que poseyó nuestro idioma, las ideas, flechas invisibles, ibansele clavando. Y las brumas nostálgicas de su alma disipáronse..

*
* *

Pasaron años.

Tocóme formar parte de una nueva expedición. Catriel — Silvestre del Llano entre cristianos — era mi servidor indispensable, hecho á mis gustos y mañas, conocedor de ellos. Activo, vivaz, me serviría insuperablemente, bien fuera entre los recursos que proporciona la civilización, ya en las escaseces de los bárbaros.

Abrióse la campaña. Varios clanes coligados valíanse de astucias para dificultar la marcha de nuestras fuerzas. Ahora como antes, al amparo de la noche, nos robaban los caballos; otras veces el fuego voraz consumía leguas de pastizales, y nuestras bestias sucumbían hambrientas. Íbamos quedando á pie. Cruentos sufrimientos nos esperaban. La tropelía se internaba, mientras la llanura continuaba desenvolviéndose.

Del Llano — ya nadie le llamaba de otro modo desde que Catriel había muerto en él — soportaba aquellas inclemencias en nombre de la civilización que llevaba á sus hermanos. Á poco, sin embargo, el soplo del pampero agitó su alma india, y de nuevo el hijo del cacique apareció en el modesto « asistente » fiel á su amo. Extraña dualidad observábase en él.

La tribu seguía á escape. Esperaba el momento propicio de que sus asechanzas dieran fruto. La pampa inacabable desarrollábase. Seguían siempre...

El mismo gigante de cabellos canos que los detuvo en otras ocasiones, apareció impasible. Su mole, que parecía derribarse, se interpuso, y díjoles como antes : ¡ alto ! Nuevos indios surgieron de todas partes, de tierras al parecer desiertas. Preveníanse para la lucha, en defensa de su libertad, de sus inmensurables dominios. Acometieron bravías, desencadenadas sus furias, desnudos jinete y caballo. Llenaron la pampa con su alarida gutural. Catriel — ya no era Del

Llano el civilizado — se aprestaba al combate. El primer aullido de sus hermanos, ese grito que fué su arrullo, debió penetrarle hasta el corazón, y todo el salvajismo atávico revivió en él instantáneamente. Y el hijo del cacique, que se preparaba en otro tiempo á continuar la tradición vieja de sus mayores, huyó á confundirse con ellos...»



Á JOSÉ LUIS CANTILO.

¡ Cumplida la Orden !

¡ CUMPLIDA LA ORDEN !

Era en 1853. Las fuerzas del coronel Hilario Lagos circuían la ciudad de Buenos-Aires. Seis meses iban ya de sitio, y la plaza no cejaba en su defensa, debatiéndose por no caer en nuevas garras.

El general Paz, adustado su glabo rostro, severo el gesto, había acudido al cantón sito en las barrancas del Retiro, á felicitar á sus soldados por el cañoneo de la noche anterior. Antes de anochecer la « muchachada » tomaba la puntería, medía la altura de la boca, clavaba la cureña en tierra. Así, protegidos por las sombras, matizaban la quietud nocturna con la extraña sinfonía

de los cañones; los compañeros soñaban épicas leyendas, y la granizada certera interrumpía el reposo de los sitiadores. El cantón estaba situado en una casa escalonada, que sobrepasaba en altura á la generalidad de los edificios. La posición favorecíala; dominábase la ciudad entera. Por un lado el Plata inmenso como un cielo; del otro, el caserío, bajo, chato, sobre el cual se levantaban, enormes, la multitud de medias naranjas de las iglesias y la de la Residencia. Una cintura de pitas era la muralla de la ciudad. En el núcleo urbano apiñábase la población; en las afueras, las casas se encontraban separadas unas de otras, á mayor distancia al alejarse del centro. Luego la pampa, dilatado estuario terrestre...

La soldadesca rodeaba al general. Éste hacía preguntas, apuntaba defectos, todo lo miraba, dándose cuenta instantáneamente de los menores detalles. El rostro siempre adusto. Su palabra, sin embargo, insinuaba sonrisas. Sus tropas recibíanlas como de un padre en la gloria. El espíritu reinante halagaba al jefe. Apartóse un mo-

mento de los muchachos — así los llamaba — subió al mirador, y estuvo algún tiempo observando el campo enemigo.

El día estaba triste, sin sol. Inmenso vellón de nubes cubría el cielo.

— ¡ Capitán López ! exclamó de pronto con voz de estampido. Y descendió.

Le rodearon de nuevo, estrechando más el círculo.

— ¡ Mi general ! repuso el oficial surgiendo de un grupo. Se cuadró é hizo la venia.

El capitán llevaba el nombre de una epopeya: Napoleón. La faz de un bravo, seco como un músculo, relampagueantes como refocilos sus vivos ojos garzos ; parecía husmear siempre pólvora. Era el ayudante de confianza del general. Éste le dijo :

— Vaya Ud. al cantón del Parque Argentino. Pase por el puente, y si el grueso de las fuerzas enemigas está distante, ordene al jefe una salida.

La consigna nos medusó, haciéndonos tragar el aliento : era la orden para un bravo. Debía

tirar su vida como carnaza. El Parque Argentino estaba separado del centro urbano, y para llegar á él y cumplir estrictamente la misión, precisaba pasar por un puente que unía el cerco interrumpido de pitas. El capitán conocía á su jefe.

— ¿Nada más, general?

— Es todo.

Saludó, dió media vuelta, y bajó á montar á caballo. Salió á galope, desapareciendo entre las calles. Los soldados del cantón subieron al mirador. Minutos después le divisaron. Galopaba. Trepó la loma, cayó al bajo y volvió á ocultarse. De nuevo apareció; la ansiedad de sus compañeros le seguía. Se detuvo, parecía buscar paso. De pronto, surgió como viento á la carrera. La onda trajo un estampido, y las pupilas de los compañeros huyeron por verle y le vieron galopando, cual quimera, salvado del peligro, estricto en el cumplimiento de la orden. Todos callaban, avizor el ojo, espectantes los pechos, sonando tic-tas el péndulo de sus corazones. Llegó. El aliento penetró los pechos de los soldados del cantón; respiraban felicidades.

Pasó una hora, lenta como la tranquilidad. Un jinete se desprendió de la vera de la nemorosa cuesta. « ¡ El capitán ! » dijeron todos. Galopaba.

El general aparentaba indiferencia ; la máscara de su severidad impedíale reir. Con frase cortada hacía indicaciones al jefe del grupo.

El jinete no avanzaba ; el tiempo parecíales largo, pesado. Al caer al bajo aguijoneó la bestia y atravesó el puente otra vez.

« Pin, pan, pun », y los estampidos multiplicados se prolongaron en el eco.

Le vieron aparecer. Rieron sus corazones. Galopaba, acercándose al cuartel.

El general bajó y dirigióse á la puerta. Todos le siguieron para prodigar sus alegrías al capitán. Á la cuadra le divisaron : apretaba los ijares del bruto. Al aproximarse se le vió como un reflejo rojo : diríase traía casaca mazorquera.

Se detuvo... Rodeáronle. Un chorro de sangre bullente le salía del pecho, de la gárgola formada por la chaquetilla y la camisa, y bañaba las orejas del caballo, que escarceaba con desesperación.

— ¡Cumplida la orden! dijo forzando la voz.

Y desplomóse.

Un rayo silente del sol, avaro durante el día triste, iluminó con su gloria la gloria de aquel soldado...



Á JOSÉ MARÍA CANTILO.

Escrúpulos del Capitán

ESCRÚPULOS DEL CAPITÁN

Sentado junto á la chimenea, cuya crepitante hoguera doraba las sombras del obscuro comedor, el coronel sumergía sus huesudos dedos, fríos aún de la espada que acababa de dejar, en los blondos bucles de su hijita.

Era en el mes de junio del año 80, en lo más crudo de aquella guerra en que los denodados porteños defendían su capital contra la irrupción que presentían funesta. Diariamente, permitiéndolo las circunstancias, el coronel de la Cuesta, — caballeroso, hidalgo, valiente soldado, gemelo de las glorias nacionales — bajaba á dar cuenta de las operaciones á su amigo, el digno manda-

tario que regía los destinos de la generosa Buenos-Aires. Y diariamente se le veía — alto, ágil á pesar de sus años, siempre derecho, centelleantes sus ojos, con barba ceniza sobre fondo negro, corpulento como héroe antiguo, marcial — descender en su casa, prodigar un momento afectos á su señora é hijos, y seguir luego su camino. Sin las rispideces de su oficio, paternal con sus ayudantes, permitíales hacer otro tanto. Los oficiales volvían después en busca de su jefe, para acudir todos á las trincheras. Una noche, el capitán Ernesto Linares no se presentó, *dando parte de enfermo*. Esa circunstancia le impidió asistir al rudo combate, que de días anteriores se preparaba.

El coronel dejó á los niños, y sentáronse con su esposa á la mesa, tiernos como joven pareja, con la ternura que siempre despierta el peligro alejado á fuerza de caricias. El coronel hablaba para ahogar el dolor de su consorte, hacía preguntas sobre las criaturas, se informaba de la familia. Los niños, inconscientes, frescos como

lechugas, jugaban entretanto en algazara que embargaba el ánimo del bravo militar. La señora, pensativa, detenía un instante la mirada sobre su marido, y la idea de la muerte cruzaba tal vez, fugaz, por su imaginación...

— Permiso, dijo alguien en la puerta, turbando las intimidades del regazo.

El coronel volvióse hacia la puerta, y como viera al capitán Linares, su ayudante, que se presentaba antes de las ocho, hora de costumbre, exclamó:

— Adelante, capitán: ¿qué es esto? Y se levantó.

El capitán entró, aunque sin su habitual desenvoltura, entorpecido á ratos por los niños que se le acercaban. Uno le tocaba las espuelas, otro levantaba el pesado sable que arrastraba. Alto, flaco, musculoso, trigueño, en su cara filosa resaltaba, enorme, el blanco de sus ojos, perezosos para moverse; chaquetilla ajustada al cuerpo, pantalones bolsudos. El kepis redondeaba la melena hirsuta, que caía sobre sus hombros.

Linares saludó á la señora, y permaneció de pie.

— Yo, mi coronel, dijo.

— Siéntese, capitán, interrumpió aquél, mientras concluía la sopa.

El capitán se sentó, algo incómodo. Hubo un momento de silencio. El coronel tomaba agua, vino, pasábase la servilleta por la boca; al levantar la mirada sobre su ayudante, éste le dijo:

— Yo, mi coronel, no fuí...

— Sí, ya sé: dió Ud. parte de enfermo.

El jefe conocía al oficial, probado en el combate, y no necesitaba excusas. Los niños, como nadie les observara, gritaban cada vez más.

— ¡Qué me dice de la pérdida de Muñoz!... agregó el coronel.

— ¡Pobre mozo! exclamó la señora. ¡Y tan luego no siendo argentino, y tan joven! Quería mucho á Ignacio, y donde iba él, allí estaba Muñoz.

— Fué una debilidad mía admitir sus servicios, observó el coronel con un gesto de sentimiento.

— Esa bala me hubiera tocado á mí, dijo el capitán meneando la cabeza.

— Deja mujer é hijos en triste situación, interrumpió la señora.

— Imagínese, capitán, que acabábamos de hacer pasar al regimiento un alambrado, para evitar una furibunda arremetida de la caballería, que amenazaba aplastarnos.

« Mandé á Muñoz con órdenes para cuando estuvieran del otro lado del alambre, y me quedé solo expuesto á la carga, pues no podía ir á despuntar el cerco. Tan segura tenía la muerte que, con el impetuoso enemigo ya encima, se me ocurrió tomar distancia, hincar furiosamente las espuelas al caballo, y tratar de saltar. Así lo hice, y con tanta suerte, que un segundo después estaba con mis soldados, haciéndoles tomar posiciones, para foguear á la caballería. ¡ Estábamos en salvo ! La situación empeoró luego. En aquel bajo, que es como el fondo de una taza, los cañones, situados en lomas circundantes, sembraban la muerte en nuestras filas ! »

El coronel, encendido, continuaba su relato, y olvidando á Muñoz, lo hacía con entusiasmo, con voluptuosidad.

« Tronaban los obuses. Los ayes de los heridos se oían, como en medio del huracán se alcanza á oir el lamento del pájaro cuyo nido tambalea. Y por todos lados el fogonazo columbrábase entre el humo, como ignea corona: en el fondo la muerte. »

El coronel recordaba alguna acción distinguida de sus oficiales, prodigando generoso, palpitante de patriotismo, sus elogios.

« El teniente Salvá me trajo la noticia de que los regimientos 4 y 7 cargaban á la bayoneta. Di las órdenes pertinentes, junté mis tropas para recibirlos ; en mi entusiasmo arengué á mis soldados. Los cañones continuaban tronando y no desperdiciaban un solo tiro. Haciamos fuego para diezmarlos antes de que llegaran hasta nosotros, y esperábamos su empuje formidable. Estaba yo situado á la cabeza de mis ayudantes, sonrientes todos de coraje en aquel hermoso momento,

cuando de pronto el caballo de Muñoz, que me tocaba la pierna, dió un formidable salto y emprendió la disparada atropellando el alambrado.»

— ¡Qué horror! No cuentes delante de los niños, dijo la señora.

Éstos, con los ojos abiertos, redondos, sin pestañear, esperaban el pavoroso desenlace, trémulos ante los murmullos de muerte, pálidos por el escozor que les producían las sibilantes balas.

« La granada — continuó el coronel — me pasó junto al oído, y dió en Muñoz en pleno pecho, cuyo caballo al sentirle caído hacia un lado, emprendió la fuga. El cuerpo se desplomó. Le hice llevar á la ambulancia. ¡Nada se podía!.. Muñoz estaba destrozado por la bala de cañón. »

— ¡Y pensar que si yo no falto, todavía viviría el pobre! exclamó el capitán.

Y la cara de Linares mostraba la sinceridad de su sentir. Movía la cabeza, se revolvía en el asiento, y como tuviera la pierna cruzada se agarraba el pie debajo del mantel.

— ¡Pobre Muñoz! prosiguió el oficial; ¡pero

me fué imposible! Y se veía el deseo de mostrar que realmente había estado enfermo.

— Á mí me tocó el ingrato papel de comunicar la noticia á la esposa, agregó el coronel.

— Yo estaba enfermo, volvió á repetir Linares.

— Ya lo sé, capitán, repuso el coronel algo incomodado, fijándole sus ojos inquietos; ¿por qué insiste?

El coronel, pundonoroso, jamás le hubiera ofendido con la sospecha, admitiéndole la excusa.

— ¡Me parece que le conozco, capitán! agregó.

Un instante de mutismo, absorbidos todos por sus pensamientos.

— El café pronto, mi hija, que es hora de irnos, agregó.

Y una nube de lágrimas empañó los ojos de la esposa, á quien el cuento dejaba sumamente intranquila. En las calles solitarias cruzaba una ambulancia, que sonaba con ruido de muerte, y esos ruidos penetraban en las casas silenciosas. De tarde en tarde pasaban, en camillas, algunos

heridos que no resistían el carro. La Parca reinaba.

Las criaturas se acercaban al padre, cuya coraza de guerrero era atravesada por la fina alfiler del afecto, y palmeaba la cabecita flava del chiquitín, que luciendo elástico de papel llamaba desde niño á la gloria. El capitán continuaba revolviéndose en su asiento, ajeno á aquellas escenas. De pronto, como pasando á otro tema, dijo :

— Pues el otro día, cuando le dejamos aquí, fuí á casa, me bañé, y al salir de la tina tuve la desgracia de clavarme un trozo grande de vidrio en la planta del pie.

— Y eso lo tuvo quieto naturalmente, dijo el coronel sorbiendo café.

Y al mismo tiempo Linares, que estaba sentado junto á la señora, sacó el pie desnudo de abajo la mesa, en prueba de su aserción.

— ¡ Y vea el tajo, coronel ! exclamó.



Á JULIO VILA Y PRADES.

Sin Venganza

SIN VENGANZA

La lluvia cesó. Las praderas reverdecían, lavadas por el aguacero que había caído desde la mañana.

Un hombre salió de la choza con techo de paja de aspecto desolado, que levantábase en medio de una playa sin una brizna de hierba, junto á un sauce escueto de hojas ralas. Frisaba en los treinta y cinco años. Bajo, cargado de hombros, al caminar balanceaba acompasadamente su cuerpo. Una sonrisa burlona animaba su rostro pequeño, entreabríale la boca, junto á la comisura izquierda, y le hacía guiñar uno de los ojos movedizos. Vestía bombacha negra, botas de

charol recamadas de costuras formando jeroglíficos, saco muy corto del mismo color, chambergo igualmente negro, con luto, derecha el ala delantera, gacha la de atrás. La melena le cubría el pescuezo. En el cinto, sobre el « tirador », un concierto de efigies reales.

— ¿Qué hacés, Toribio? dijo.

— Buenas tardes, patrón, contestóle prosiguiendo su tarea un paisano que cortaba y retorcía lonjas de cuero. Con una lezna agujereaba, pasaba filamentos; esmerábase. Canturreaba. De cuando en cuando callaba, levantaba la mano á la altura de la vista, la apartaba del cuerpo, tomaba distancia, daba vueltas al objeto que trabajaba, para mirarlo como un artista embebecido en su obra. Un chicuelo de ocho ó diez años observaba con ávida curiosidad aquellos dedos mágicos, y sin duda el secreto anhelo de su alma fuera llegar á hacer él otro tanto.

— ¡Chi... chi... chito! articulaba Toribio dirigiéndose á un caballo enjaezado, que asido al palenque movíase inquieto. Un perro, bayo, viejo,

bigotudo, gruñó y continuó dormitando junto al pozo sin brocal.

— Vení pacá, Angelito, dijo el patrón al pequeñuelo. Sacó una pelota del bolsillo y se la dió. Pasóle la mano por la cabeza, acariciándole.

— Un mate, Don Blas, preguntó una mujer asomando á la puerta. Joven, la faz color aceituna, ardientes las pupilas, grandes, movedizas, atezadas, como también los cabellos sin brillantez, que asomaban debajo de un pañuelo, cuyas puntas mordía. Un gesto plácido dejaba ver la hilera superior de sus dientes iguales, como granos níveos de mazorca, y, plegándole el labio carnudo, rojo, le ponia un respingue gracioso en la nariz. Jubón y saya de percal blanco con lunares negros, ligeramente sombreado por la suciedad, encerraban su cuerpo sin redondeces.

— Bueno, repuso sentándose á horcajadas sobre una silla delante de la puerta, y tomó el mate.

Chupó dos ó tres veces, y dijo :

— Ché, Toribio, hemos arreglado con Ángel

que esta noche vamos á andar de ronda. Ya no puedo dejar que me carneen. Con razón le pusieron *La Madriguera* á esta estancia.

Todos los malhechores de la comarca encontraban guarida en algún rancho del extenso campo. Los cuatreros frecuentábanla; día por día se encontraban animales carneados, á los que muchas veces no faltaba sino un « churrasco. » El patrón empeñóse en descubrir á los delincuentes, pero todas sus tentativas fueron infructuosas. Los paisanos no daban con ellos; « buenos gauchos habían de ser », y como les tenían simpatía, era imposible sorprenderlos. No obstante las rondas, era frecuente encontrar en la proximidad de las poblaciones, entre el pasto, reses apenas abiertas, cuyas bellas carnes jaspeadas de grasa alimentarían cuervos tenebrosos. Don Blas, comprendiendo que el « compañerismo » le impediría escarmentar á los ladrones, resolvió lanzarse él mismo en su persecución.

— Usted dirá pus, respondió Toribio.

— Sí, hombre, á acabar de una vez por todas. ¿ No te parece ?

— Ta güeno.

— Después de cenar vendré. Hasta luego.

Y se levantó.

*
* *

Blas Aguirre habitaba *La Madriguera* desde años atrás. Adolescente aún, su anciano padre envióle á dirigirla, para evitar que malgastara su juventud vagabundeando en Buenos-Aires. Mucho le costó acostumbrarse á la soledad. Meses pasó con la obsesión nostálgica de los placeres que gozaba en la vida ciudadana ; con el tiempo, sin embargo, esos deseos fueron atenuándose. Miraba á esas gentes como si no tuviera afinidad con ellas ; más tarde, la natural expansión de la exuberancia bullente en su alma, le fué acercando á sus subordinados. La evolución fué lenta. Se interesó en las mismas cosas que interesaban á los peones, sus gustos se modificaron paulatina-

mente, y poco á poco se aficionó á los trabajos camperos. Fué perdiendo asperezas, amoldándose al medio. No sintió entonces vehementes urgencias de venir á Buenos-Aires. Cuando lo hacia, se encontraba como encerrado, faltábale la libertad, el aire ; no se sentia á gusto con sus compañeros, el grupo bullicioso de muchachos joviales, con quienes en otro tiempo se veia diariamente. Y sus camaradas de todo momento no reconocian al Blas de antes, alegre, decidor ; les parecia cohibido, sin la iniciativa que en otra época le caracterizara. Durante su permanencia en la capital, por no salir de sus costumbres, no tomaba parte en las correrias nocherniegas de sus amigos.

Después, éstos no lo echaron ya de menos y alejóse. Pasaba largas temporadas en la estancia, interrumpidas de tarde en tarde por una visita á su anciano padre, que reclamaba su presencia. Se entregó de lleno á la vida del campo. Y los años transcurrieron. Adquirió hábitos que se le arraigáron hondamente. Se aficionó á los equinos, á las « tropillas » grandes, de buenos « pin-

gos », « guapos ». Tenía dos « domadores » hermanos, Ángel y Toribio.

Ambos y la mujer del primero vivían en la estancia, en un rancho antes abandonado. Los dos paisanos se dedicaban, amorosos, á sus tareas, la simple tarea de galopar por algún tiempo á los animales. Como su misión se reducía á andar de un lado á otro, Don Blas les encomendaba quehaceres fuera del establecimiento, excursiones en busca de ganados para comprar. Permanecían así días, semanas á veces, lejos de su casa.

Como el patrón seguía con interés la educación de sus caballos, frecuentaba el rancho de los domadores, sus hombres de confianza, indispensables. Además, cuando éstos partían en viaje, pasaba á despedirlos ; de tiempo en tiempo iba á ver si habían regresado, y se detenía á tomar un mate con Tomasa. La Morocha era bonita, joven, simpática, codiciada por el paisanaje ; muchos hubiéranle hecho cálidas manifestaciones, pero la reputación de « guapo » del marido los detenía. Empezó á buscar motivos para

tener ausentes á los dos hermanos. El patrón y Tomasa, en el contacto continuo, se fueron encendiendo, tal un fuego que no prende por estar verde la leña. Y Blas completó así su existencia rural.

Las asiduidades del patrón al rancho de los domadores, en ausencia de éstos, levantaron una polvareda de comentarios. Después, múltiples testimonios hicieron fe sobre la conducta de la mujer de Ángel, hasta el punto de que la ilegitimidad de su hijo, al cual llamaban el « patroncito », no era puesta en duda por los comarcanos. Tales afirmaciones llegaron á oído de Toribio, que lo comunicó á su hermano. La astucia de éste aguzóse, y trató de sorprenderlos. Y como nunca descubrió ni indicios, no prestó crédito á las sospechas, maledicencias, á su entender, de quienes deseaban enajenarles la confianza del amo.

*
* *

Un cielo sin estrellas... Volaban pájaros, y semejaban puñados de noche que se corporizaran en cuervos. Y la pampa oculta...

Los tres, el patrón, Ángel y Toribio, recorrían en todas direcciones la silente llanura, empequeñecida por las sombras. Los ojos nada descubrían. Andaban de una parte á otra. Un ruido les llamó la atención. Se detuvieron ; escucharon... Nada... Prosiguieron sin temor. De pronto los atacaron, y separáronlos : habían caído en una emboscada de tinieblas. Fué cuestión de un momento : un tiro, y carreras precipitadas... No hubo más ; los cuatreros habían huido.

Blas y Toribio oyeron una voz y juntáronse ; encontraron á Ángel en el suelo, dolorosamente herido.

Al pasar por un « puesto », enviaron en busca de médico.

*
* *

El médico, regordete, arrollado como « matambre » en una vieja levita verdosa con manchas de grasa, sombrero hongo también grasiento, fosca la cara cubierta de hirsutas barbas que semejaban pajonales, salió del rancho. Se detuvo á liar un pitillo.

— ¿ Y, dotor, qué le hago ?.. preguntó Tomasa que le había seguido.

— Por ahora nada. No se puede saber todavía dónde está la bala. No le den nada.

— ¿ Curará ? interrogó Toribio que enderezaba la roldana pendiente del horcón colocado sobre el pozo.

— Veremos, repuso el doctor.

Y tras breve pausa, agregó :

— Bueno, hasta mañana.

Subió al carruaje. Los caballos, soñolientos de

flacura, fustigados por el conductor que los animaba al mismo tiempo con gritos pintorescos, se pusieron en marcha; en el camino de tierra blanca, dura, que la lluvia no ablandaba, los hizo trotar. Cuando Blas le vió lejos, dijo:

— Me voy á buscar otro médico; éste no me ha gustado.

— Usted sabrá, repuso Toribio.

— Sí, sí, ahora mismo me voy.

— ¡Y güeno!

Y el patrón partió.

Toribio y su cuñada se dirigieron á ver al enfermo. Escasa luz iluminaba el aposento. Hacía un calor húmedo; en medio de la pieza desmantelada, sin blanquear, había un charco grande, y á su alrededor, infinidad de hoyos pequeños, también llenos de agua, que se filtraba por las goteras. En un ángulo, una cama rústica, una tarima, y á guisa de colchón, el « recado »; en ella, cubierto por un poncho con manchas de sangre, un hombre quieto, pálido, macilento, cuya respiración cortada, dificultosa, marcaba el

ritmo como un péndulo. En el cuarto contiguo crepitaba una fogata, y sus llamas lamían el costillar de oveja puesto á asar ; de pronto el recinto se llenaba de chispas, efímeras luciérnagas que se extinguían ; bocanadas cálidas salían como de un horno.

— ¡ Ché, Tomasa, no respira ! dijo Toribio.

La mujer no pareció inquietarse ; aproximóse al moribundo, y le miró fijamente. El hombre no se movía ; le acercó el oído á la cara, en momento en que daba un soplido que la hizo estremecer.

— ¿ Oistes ? preguntó Tomasa.

El enfermo volvió la cabeza. Su mujer se apartó del lecho, y exclamó :

— ¡ Es duro, Ángel !

En voz baja se pusieron á conversar.

— ¡ Qué suerte tenís, Toribio !

— Así es. La de tu marido es negra. ¡ Pucha ! Á él li había de tocar.

— ¿ Y paqué se metieron ?

— El patrón no podía pasar por maula.

— Pero un novillo, ó unos cuantos capones, no valían la pena.

— ¡ Qué un novillo ! Si todos los dias encuentran una punta por ahí, entre las pajas. ¡ Lindas las carnes !

— ¿ Y no los vieron más ché ?

— ¡ Que lo habiamo de agarrar ! No se via ni las manos.

— Quin sabe si cura Ángel.

Permanecieron callados algunos minutos. Tomasa se levantó, y se detuvo pensativa en la puerta.

— Si vendrá hoy el pátrón con el otro dotor !.. exclamó. Y miraba distraida un puntito negro, pequeño como una mosca, que se veia en el horizonte.

*
* *

Los dias pasaron, y Don Blas no trajo al nuevo médico. El herido seguia peór. Un chasque llegó, portador de una carta para Ángel. Su hermano se dispuso á leerla.

El quejido ronco, pausado del enfermo, interrumpía el silencio que penetraba por las ventanas y las puertas, abiertas de par en par; la garganta se le cerraba, se le anudaba, y ahogábale al parecer. Su rostro exangüe, peludo, poníase lívido por momentos; á veces levantaba un brazo, que caía inmediatamente derribado por su peso. Toribio vaciló un instante, y se acercó al lecho.

— Train una carta para vos. ¿La leo?

Ángel no contestó. Entreabrió los ojos, vagos, sombreados, de donde huía la vida; las órbitas se le habían hundido. Toribio desistió de tu propósito. Horas más tarde, el enfermo tuvo una reacción. Tomasa y su cuñado fueron á verle; se aproximaron con decisión á la cabecera; quisieron hacer salir á la criatura que jugaba junto á su padre; pero éste se opuso.

— Ustedes vienen á despedirse, dijo Ángel con la afonía de la muerte.

— A lerte un papel, replicó tranquilamente su hermano.

El herido hizo señas afirmativas. Aquél rasgó el sobre, trató de descifrar antes de leer en voz alta. De pronto palideció, y, como si la silla le levantara, se puso de pie ; su máscara había endurecido.

— ¿ Qué dice ? preguntó el paciente quejumbrosamente.

Toribio callaba. Angelito hamacaba las piernas que le colgaban del catro. Ángel volvió la cabeza, y sus pupilas revivieron un instante, como en un relámpago de avidez. Tomasa miraba sin comprender, deseaba arrebatar la carta, pero no sabía « las letras » ; con el gesto interrogó.

— ¿ Qué... qué... ee... e... ? exhaló á su vez el enfermo, y no se le oyó más.

Toribio, con voz apagada, dijo entonces :

— El escribano dice que unos bandoleros han matado al patrón.

Se detuvo, y luego, queriendo concluir, agregó precipitadamente :

— Deja de heredero á Angelito.

Un soplido como de fuelle salió de la garganta

de Ángel, y soplaba más y más agitadamente. Se retorcía en el lecho; los músculos de la cara se le estiraban como gomas. Quiso alargar la mano á su hermano, pero no le fué posible. Las palabras de éste le tenaceaban el corazón, donde aún quedaba una llamita de vida. Volvía á retorcerse. Movía la cabeza para ahuyentar visiones que no se apartaban de sus ojos. Hacía esfuerzos por hablar, mas no acertaba. Ahora recordaba las prevenciones que Toribio le participó, y su débil razón se explicaba muchos de los actos de Don Blas, y el nombre de « patroncito », que daban al que consideraba su hijo.

Tomasa sollozaba; el estado de su marido era el motivo aparente. Se acercó al lecho. El pequeñuelo lloraba, diciendo:

— Tata, tata... Y se le aproximaba al mismo tiempo que la madre.

Al sentirlos á su lado, el rostro convulsionábasele más aún. La agonía no había extinguido el último germen de bravura en aquel hombre, que debatíase en la angustia, impotente para

obrar y hacerse justicia. Su mujer, persuadida de que aquellos estertores les ocasionaba el proyectil no extraído de su cuerpo, lloraba siempre.

— Tata, tata, repetía el chiquillo echándose sobre la cama, junto con Tomasa.

El moribundo, haciendo un supremo esfuerzo, pudo alzar los brazos y los apartó, diciendo al mismo tiempo:

— Nau papá, nau, con voz de ventrílocuo que se le ahogó al momento.

Retorcióse de nuevo, y quedó quieto. El sueño letal pesaba sobre sus párpados; á veces los levantaba, y veíansele los ojos nublosos. Sacudía débilmente la mano, parecía espantar fantasmas. Después permaneció inmóvil, impasible, ajeno á su desgracia.



Á ENRIQUE RODRÍGUEZ LARRETA.

Personaje

PERSONAJE

Aquella mañana llegué al pueblo de Necochea. Pensaba seguir inmediatamente á *El Palenque*, propiedad de un amigo; pero como se hiciera necesario acechar á mi « hombre » con impaciencias de fox-terrier en la boca de la cueva, resolví quedarme. Faltaba poco para el 20 de setiembre y esto tenía en actividad de colmena á la « colonia » italiana.

La llegada de cualquier forastero conmueve esos pueblecillos, especialmente en las épocas en que decae la agitación producida durante el estio por la presencia de compradores acicalados, á quienes vellones y cereales no preocupan tanto

como para hacerles olvidar sus tendencias donjuanescas.

Me dirigía á una de esas casas de negocio, peculiares de nuestros pueblos de campaña, donde se encuentra desde la alpargata y la bombilla hasta la trilladora del último modelo yanqui, cuando de la acera de enfrente, me dijo un muchacho :

— ¿Ud. es Don Carlos Lara?

— Sí, contesté. ¿Qué quieres?

— Aquí le manda Don Manuel.

Y me entregó un sobre con los escudos argentino é italiano entrelazados. Lo rasgué y leí. Era una invitación « para el baile y la función religiosa que con motivo del 20 de setiembre y de la piedra fundamental del Hospicio dará el Círculo Italiano. » Así rezaba la cartulina, gallardía caligráfica de algún amanuense, cuya mano talentuda le llevaría á elevados destinos.

— ¿Don Manuel qué? pregunté.

— ¡Don Manuel Pérez! repuso el muchacho atónito de que yo ignorara de quien se trataba.

Había andado unos pasos, cuando volviéndose hacia mí, exclamó:

— Á no, pero... pero es que Don Manuel me dijo que le pregunte si va á ir.

— Díle que no sé, contesté.

— Pero... pero es que me dijo que necesitaba saber.

— No sé, porque si arreglo un negocio, me iré á la estancia.

No sin causarme extrañeza la insistencia del muchacho, penetré en la tienda. En los diversos grupos se hablaba del baile. Todos callaron, quedando pendientes en el aire algunas palabras dirigidas por el médico al herrero, antiguo morador de la localidad.

— ¡ Es el colmo ! exclamaba con suave ironía el médico, distinguido joven bonaerense á quien la competencia profesional en la capital llevara á ese pueblo.

— ¡ Es una afrenta á esta sociedad ! agregó el herrero.

Mi entrada interrumpió las conversaciones ;

los que me conocían se acercaron á saludarme, siendo presentado á los demás. Alguien quiso saber el motivo de mi viaje, otro si pensaba estar mucho tiempo, algunos si me iba á la estancia, hasta que el dueño de la tienda me preguntó:

— ¿ Y no está Ud. de baile, Don Carlos? Y el humo del cigarrillo que le entraba en un ojo obligábale á cerrarlo haciendo al mismo tiempo una mueca.

— Siento mucho, pero tal vez no podré ir. Observo que hay gran interés, agregué, lo cual asegura el éxito de la fiesta.

— Hace bien, no vaya, Don Carlos. Su presencia sería mal vista.

— ¿ Por qué?

— ¡ No sabe!

— ¿ Qué?

— ¿ Nada le han dicho?

— No sé nada de particular. Por su pregunta y por la agitación que observo, me doy clara cuenta que ocurre algo extraordinario. En las

horas que llevo en el pueblo no he oido hablar de otra cosa.

— ¡ Si el pueblo está indignado ! y con razón. Esas cosas no pueden hacerse. Y cuando digo el pueblo, me refiero á la gente de bien.

Se preparaba el *patrón* de la tienda á dar explicaciones, remontándose á buen seguro al nacimiento de los actores, cuando vinieron á llamarme. Me ví en el caso de dejar á esas gentes, y no sin sentimiento, pues el asunto del baile empezaba á interesarme, tomándole cierto saborcillo de comicidad, fácilmente perceptible cuando se contemplan los desafinados personajes de aldea, que remedan añejas costumbres, retrotrayendo nuestra vida cincuenta años.

Por la tarde me dirigí de nuevo á *La Indispensable* para pasar el tiempo.

Los zaguanes de las casas despedían un olor á naftalina y á alcanfor proveniente de sayas tendidas en los patios, elegancias exhumadas. Junto con ello me llegaban agitadas conversaciones, gritos, revelantes de extraña actividad femenina,

despertar del romanticismo de las *précieuses* locales, romanticismo del patchoulí, el clavel y el pensamiento. Ventanas abiertas, en exposición, mostraban caras *tostaditas* con la imprescindible y para ellas aristocrática *mano de gato*, iluminadas por radiosa felicidad. Todas me miraban sorprendidas, y considerándome tal vez un invitado especial, sus lánguidos ojos atezados me decían : « Fíjese en mis suntuosos trajes, no me olvide en el baile. » Pero una frase dicha con energía varonil llegó á mi oido al pasar por una ventana, desviando mis filosofías :

— ¡ Ud. se atreve á ir ! ¡ Ud. cree que ese es sitio para nuestras matronas ! ¡ No ve que sus hijas no deben ir á ese sarao !

Y apresuré el paso deseoso de indagar lo que había sobre la fiesta.

El médico me puso en antecedentes. « Es que Ventura Paredes, me dijo, ha hecho venir á su querida para que asista al baile. Hay gentes muy indignadas. Ayer llegó la mujerzuela : él vendrá el 20. »

Ventura Paredes era el dueño de aquella situación, el àrbitro más arbitrario. Representaba una modalidad de nuestros pueblos de campaña, resabios de salvajismo tardíos en perecer, planta nuciente, abrojo que debemos extinguir para dar paso á la lozana y nutritiva hierba, permitiendo á sus raíces penetrar vigorosas en nuestro suelo. Paisano de origen obscuro, renombrado jinete, atrajo las miradas de algún político sin escrúpulos, que le hizo capitanear á los gauchos *electorales*. En cierta ocasión las elecciones se hubieran perdido á no ser la actitud de Paredes y los suyos, que se desenvolvieron con cínica soberbia. Y esas hazañas cimentaron su fructífera carrera.

El triunfo le llevó á un empleo en el Juzgado de Paz, cuyas funciones permitiéronle inmiscuirse en todo género de asuntos. El ascenso, los ascensos no se hicieron esperar; día llegó en que el humildoso *tropero* desempeñaba las triples funciones de comisario, juez de paz y presidente de la Municipalidad, figurando, para desvanecer

toda objeción constitucional, como decían, otros nombres en aquellos pescantes cuyas bridas él empuñaba. Entonces empezó á mostrarse un tiranuelo insospechado, tanto más sediento cuanto que había tenido, como el buey á quien el cerco impide bajar al arroyuelo vivificante, la bebida á la vista.

En fin, en aquellos momentos reverdecían memorias olvidadas. Un sin número de cargos, humedecidos aún en la sangre de algunos muertos, era la corona de aquel Don Juan Manuel de aldea.

Pero no terminaba ahí su historia. *El hombre andaba bien con los de arriba*, y dos ó tres « grandes » servicios le llevaron á una diputación, como el más digno reemplazante de los patricios de antaño.

Diputado, con toda la sonoridad del vocablo, en aquellos lugares el personaje adquiría para tan rudos cerebros perfiles plutarquianos. El Diputado, decían, como los habitantes del *Tandil* dicen la piedra movediza... el Diputado habló

en la última sesión... el Diputado visitó al Gobernador... el Diputado aquí... el Diputado allá. Esos eran los suyos, los *recostados* á él, los que vivían á su sombra, aquellos siempre listos para batirle palmas.

La actividad del pueblo la absorbía Paredes. Enfrente de él se vigorizaba en el silencio, se caldeaba sin irradiar calor, una oposición acechando la hora del triunfo. Entre los volubles opositores, rabiosos politiquistas desde la madrugada, los había de los más variados tonos y temperamentos: quien del periódico de la mañana sacaba una frase para repetirla á todos sus interlocutores, aplicándola á Paredes; alguno le llamaba *Nerón*; aquel otro se indignaba por el abandono del *municipio*, las calles cruzadas de zanjas y completamente á obscuras; el de más allá protestaba porque *no le permitía trabajar*; los viejos consideraban al pueblo acreedor á esos abusos por *desidia en los asuntos públicos*; y todos recordaban los medios puestos en práctica por Paredes para escalar al poder. Y esas tauto-

logías repetidas los trescientos sesenta y cinco días del año, les daba mayor facundia, creyéndose cada uno un Castelar. Tales diatribas traslucían, sin embargo, cierto orgullo de poder hablar pomposamente de la *vida pública* de un habitante del pueblo, aunque se tratase del Diputado.

Éste preocupaba también á las damas, que se reservaban la *vida privada* para hundir sus dientes.

Paredes contrajo matrimonio con la hija de un antiguo morador á quien el pueblo debía grandes adelantos, anciano rodeado del respeto y cariño de todos, padrino ineludible en bodas y bautizos, amigo de todos los estancieros, mediador en cuanta desavenencia ocurría: era como la estatua de la localidad. Paredes no ceñía aún sus envidiados laureles, mostrándose por lo tanto con la mansedumbre necesaria á sus fines, cuando solicitó la mano de la hija de Don Blas ; y éste, apreciando sus bondades y porvenir, creyó hacer la felicidad de su hija. En el hogar comenzó á

verse más tarde su malevolencia gauchesca, malevolencia depositada en el fondo de su ser, mientras necesitaba calma para ascender en su carrera, como se depositan en los líquidos mantenidos en quietud, los corpúsculos que lo enturbian. El Diputado, con el pretexto de la política, habitaba en la capital, y con dineros que no alcanzaban jamás para la familia, pagaba sus orgías.

Hasta entonces, sin embargo, Paredes no había dado un escándalo de la magnitud del que amenazaba convulsionar el pueblo, imponiendo á cada uno la necesidad de definir su actitud. Así unos *irían al baile;* otros darían pretexto por sus señoras, yendo ellos solos; alguno, no queriendo estar mal con Paredes, sostenía « *que eso no afectaba á nadie* »; el de más allá iría, *pues estaba seguro que esa no se atrevería á ir*; y no faltaba quien deseaba á todo trance impedir la fiesta. Los que así se manifestaban fluctuaban, indecisos, pues los más ditirámbicos opositores publicaban su intento de « cortar relación » con todos los asistentes al baile y hasta hablaban de

llevar sus niñas de aquel pueblo *inmoral*; y todos fustigaban al Presidente del Club por haber invitado á quien no era digna, y unánimemente convenían en que aquello era sintomático del mal reinante en la capital, que empezaba á extenderse por toda la provincia, y que no vacilaban en atribuir *á la literatura y á las piezas de teatro.*

II

Por fin amaneció el gran día. Desde temprano rimbombaron secamente los cohetes, perdiéndose su estampido sobre la llanura sin rumores... De cada rincón surgían italianos con cintas en el ojal, gauchos emperejilados que olfateaban sus diversiones predilectas. Los almacenes estaban llenos, y á cada nuevo petardo, salían todos á la puerta, vaso en mano, recibiendo el estallido con gritos y risas, mientras otros, atónitos, abrían desmesuradamente la boca.

Á las doce, el legislador era esperado en la estación por todos los suyos. Llegó el tren, y la banda, quejumbrosamente lanzó algunas escuálidas notas de la marcha de *Ituzaingó*.

Al detenerse el convoy, Paredes presentóse en la plataforma, y el público prorrumpió en aplausos. Grueso, su traje claro acentuaba su pequeña estatura ; la tez olivada resaltaba sobre el *chambergo* « té con leche », el ala gacha descubria y ocultaba, con los imperceptibles movimientos de cabeza, su mirar inquieto, febril. En el estribo se detuvo un instante, y de una ojeada, fugaz, abrazó á aquella muchedumbre que le rendia homenaje, iluminándose su rostro sombrío con la sonrisa voluptuosa del dominador, la voluptuosidad bárbara y pueril del gaucho cuando siente que el potro se rinde á sus espuelas.

En el andén sus amigos le saludaron con confianza respetuosa, mientras él se dirigia á su carruaje. Su andar atiesado, sofocando el balanceo perezoso de nuestros paisanos, mostraba el gaucho ceñido, endurecido por la nueva vida.

De alli se encaminaron hacia el erial donde se levantaria el Hospicio cuya piedra fundamental iban á colocar y bendecir bajo el padrinazgo de Paredes, orador imprescindible para el acto. Y

la carretera que sigue las suaves turgencias del camino, asciende la loma, cae al bajo, como sierpe deslizándose, vióse cubierta á grandes trechos, por la concurrencia en parvadas multicolores, alegres y bulliciosas, á caballo los unos, en coche, á pie los otros, mientras los pirotécnicos acribillaban aquel silencio propagado en la inmensidad pampeana, los pájaros hendían los aires fugitivos hacia las verdes y continuadas praderas, los pacíficos bueyes salían de su abstracción, doblando la cabeza, interrogantes, croaban las ranas, y su argentino chasquido, multiplicado incesantemente, era como el eco de las expansiones de aquellos rudos paisanos y labriegos...

Una vez en el sitio, todos precipitáronse de los vehículos y rodearon á Paredes para no perder nada de la ceremonia. Éste, impaciente, exclamó de pronto, dirigiéndose al más solicito :

— Decile al cura que venga pues. Delen paso, muchachos.

— No está, repusieron varios.

— ¡ Cómo no está ! ¿ Por qué no ha venido ?

Y como nadie contestara, encarando á un elegante que tenía á su izquierda, dijo :

— Ché, Francisco, anda á traer al cura.

Francisco se abrió paso, subió á un coche, y encaminóse á la iglesia. Minutos después llegó el sacristán, y sin descender del caballo, gritó :

— Don Ventura, el Sr. cura está enfermo y no puede venir.

Paredes volvióse bruscamente hacia su interlocutor, y conteniendo sus amenazas, que pugnaban por escaparse, exclamó :

— Decíle á tu fraile que se levante, que porqué no dijo antes y nos dejó costear hasta aquí.

El sacristán, evangélicamente, puso su caballo al galope llevando la orden para el sacerdote.

Á poco un comedido trajo la noticia de que el Padre no vendría « porque el 20 de septiembre no era fiesta simpática á la Iglesia. »

— ¡ Cómo no ha de ser !... exclamó Paredes, viendo en esa abstención una burla inusitada. ¿ De dónde ha sacado, tan luego hoy, que ésta

no es fiesta simpática á la Iglesia? No será fiesta religiosa, pero eso de que no es simpática, es mentira.

El bondadoso pastor ignoraba el significado de tal solemnidad nunca rememorada; mas considerándola un *aniversario patrio*, creyó conveniente festejarla en alguna forma. Las reparaciones que se hacían en la capilla impidieron celebrar un *Te Deum*, como era su deseo; decidióse entonces á bendecir la piedra fundamental del Hospicio, sin sospechar que la fuerza de los sucesos pudiera obligarle á violentar su determinación. Como los enemigos del Diputado empezaran á alarmarle, armóse de energías y resolvió no prestar su concurso; pero, *para evitar cuestiones*, se fingiría enfermo, y pasado todo, explicaría á Paredes sus motivos.

En el camino, algunos amigos detuvieron á Francisco con sus burlas: « La fiesta se ahogó, decíanle, el cura no irá. »

Á la sombra de Paredes, roble corpulento, cuyo amparo vigorizaba á los más pusilánimes, Francisco reprochó al Padre su insólita conducta.

— Don Ventura se enfadará, y es capaz de hacerlo saltar, agregó.

— No, hijo, cálmate, no tomes las cosas así. Paredes no se enfadará, él es bueno y debe comprender que nosotros no podemos festejar este día... Y su faz redonda, plácida, se quebrajeaba con una sonrisa nerviosa, dura.

— ¡ Pero Ud. ya sabía qué día era hoy!

El sacerdote enmudeció, sacó su tabaquera, y, aparentemente distraído, empezó á liar un pitillo revolviéndolo innumerables veces entre sus dedos teñidos por la nicotina. Pasábase la mano por la tonsura negra. Francisco insistió:

— Pero eso ya lo sabía Ud., porque se comprometió.

— La verdad, dijo, no pensé en la fecha, y creí que se trataba solamente de la bendición y no de otras fiestas.

— Pero Ud. comprende que toda la concurrencia está esperando. Á Ud. le conviene hacer de cuenta que nada tiene que ver con el día, que va nada más que para la piedra, á la que hay

que hacerle algo, Ud. comprende. ¡ Sino, Don Ventura no sé lo que hará !

El Padre confundióse. La cabeza le giraba, las ideas le cruzaban como bolillas dentro del bolillero en rotación. Se veía reemplazado por otro en su querida iglesia, que estaba pintándola, y tendría bancos nuevos, un altar hasta el techo, nuevo también, con trescientos cirios ; que perdería el casamiento de la hija del boticario, á quien bautizó...

— Vamos, decídase, porque sino le diré que no quiere ir. Venga, vamos... Y le tomó de un brazo.

No resistió, subió al coche, persignóse, y se dijo para sí : « Que la voluntad de Dios se haga. »

Llegaron al sitio donde esperaba la concurrencia, cuya actitud expectante acentuó los temores del cura ; y al pasar frente á Paredes, éste le dardeó con la mirada, y apretando fuertemente los dientes, lanzó un bufido preñado de juramentos. Alguien gritó : « Se viene con la sotana color ratón. »

Revistióse, y dió comienzo á la ceremonia, abreviándola en lo posible para dar tiempo á que el Diputado arengara á *su gente.*

La muchedumbre cuchicheaba y se movia ; los grupos cerráronse. Silencio. El orador metió la mano al bolsillo, y sacó unos cuantos papeles arrugados. Tosió, volvió á toser, irguióse, y con voz detenida un instante en la garganta, dijo :

« Señores...

— ¡ Viva Paredes ! ¡ Vivaaa !...

« Señores, volvió á repetir, cuando el eco moria á la distancia : El 20 de septiembre es fiesta de todos, tanto del paisano de nuestros campos asi como del chacarero que viene á hacer fortuna entre nosotros, en nuestra querida patria. »

Y el final del periodo se ahogó entre aplausos. Esa jerga no penetraba en los oidos torpes de los oyentes, quienes lo atribuian al viento, que asi como movia los chambergos semejantes á alas de pájaro agorero y hacia chasquear las banderas, se llevaba también los acentos con « quebrada » del Diputado. Continuaba :

« Nosotros los Argentinos que amamos la libertad, debemos estar siempre listos para concurrir á los aniversarios de los extranjeros que son nuestros hermanos mientras están aquí. »

Los aplausos antes de finalizar los párrafos le obligaban á empezar nuevamente dos y tres veces.

— ¡ Viva Don Ventura ! ¡ Viva el Diputado !

Proseguía :

« Poco á poco las cuestio... las cuestiones desaparecerán, y no se verán esas ojerizas entre criollos é inmigrantes...

Y como después de comenzar leyendo quisiera seguir de memoria, vaciló un instante, se detuvo, buscó la línea por donde iba y continuó :

« ... Esas ojerizas entre criollos é inmigrantes en que las palabras que se dirigen suenan como guascazo. No debemos olvidar, como he dicho, que los extranjeros son nuestros hermanos cuando están aquí. »

Los aplausos duraban largos minutos. Paredes bajaba la mano y dejaba caer el papel, esperando silencio. Sacaba el pañuelo, y se enjugaba la frente.

« El gaucho guapo, decía con voz enfática, debe ser amigo del extranjero, y enseñarle á vivir en el campo. El extranjero es trabajador y es conveniente para la patria. Ese extranjero tendrá hijos que serán tan hijos del país como nosotros...

Y los italianos *acriollados* aplaudían, gritaban, gesticulaban, embebecidos en las promesas del orador.

Caldeado su ánimo por las melifluas seducciones de tanta popularidad, hablaba después de la necesidad de sostener á Gobiernos inspirados en el bien de los habitantes, de la baja del oro, de los buenos precios de los cereales, y de la lana. Al hospicio no lo mencionó.

« Las elecciones están encima, concluía. Una vez más es obligación de alistarnos para la lucha sin olvidar todo lo que debemos al Gobierno que nos gobierna, y los que antes le dieron su voto contrajeron el compromiso de honor de seguir perteneciendo siempre al mismo partido aunque cambie de nombre, y no estar cambiando como si fuera prenda de vestir.

« Señores :

« ¡ Que triunfemos en las próximas ! »

Terminó la arenga en medio de palmoteos, vivas, hurras y compromisos para las elecciones. Las bandas iniciaron sus pálidas dianas, y las gentes se diseminaron sobre el camino en dirección al pueblo.

Los enemigos de Paredes pensaron ocultarse, guardando luto ese día ; pero aquellas algazaras tan poco frecuentes, acicate para su curiosidad, les hacían salir á las puertas, contagiados un tanto por los exuberantes regocijos.

Se formaron grupos, siendo los cafés y almacenes los centros preferidos. Se concertaron en las esquinas partidas de truco, *taba*, billar y bochas; cruzándose apuestas por sumas fuertes que daban margen á comentarios en todo el pueblo.

Las carreras, otro número del programa, aumentaron la entusiasta efervescencia.

Pero todo aquello, sin embargo, era apenas el preludio del baile tan ansiosamente esperado.

Llegó la noche, y los espacios se llenaron de

globos encendidos, que se esparcían como simbolizando las alegrías de todo el pueblo. Y cohetes y globos los recibía con aclamaciones el tropel bullanguero de la plaza, batiendo palmas á cada luminaria que ascendía por los aires. Tras uno, otro, y otro más. Y la admiración por el Diputado crecía á medida que se desarrollaba la magnificencia de las fiestas. De pronto una extraordinaria claridad, cuya causa se ignoraba, aumentaba, y todos corrían en pos del misterio: era un globo caído en un trigal vecino, el cual, como algodón se incendió rápidamente, en homenaje á la solemnidad del día. Á poco leguas de sembrados estaban bajo las llamas. La antorcha gigantesca, digna de cíclopes, hacía palidecer las estrellas, y la noche umbría convertíase en alborada luminosa... Y allá á lo lejos, mágicamente, como evocación de edades mitológicas, viérase el hipocentauro en el gaucho cruzando veloz la llanura tras sus animales que huían despavoridos del fuego!...

El populo se dirigía al sitio del baile, á presen-

ciar como pudiera el espectáculo nuevo en la localidad. El Club, vetusto caserón enjalbegado al efecto, entre postes con latas llenas de grasa encendida, semejaba un aduar ígneo. La multitud de banderas, escudos, oriflamas, gallardetes, troncos de palmera á guisa de palos venecianos, daban aspecto feérico á la silenciosa y polvorienta calzada.

En el gran patio colonial, dos bandas se alternaban. Una orquesta exigua, compuesta de raquíticos violines, que se asustaban con los trompetazos y golpes de bombo, hacía oir las más novedosas piezas de baile, junto á las ventanas de los salones largos y angostos que rodeaban el patio.

Los invitados empezaban á llegar. Entraban presurosos, á un tiempo muchos, el ansia impresa en sus rostros; voces chillonas y cascadas se confundían y mezclaban, y todos continuaban, entre apreturas, diseminándose en el recinto, donde las sillas adosadas á las paredes formaban como un corral. Las damas, Maritornes con porte

de reinas, paseaban triunfantes sus atavíos de hirientes colores, que hacían parecer un jardín zoológico sin los bellos plumajes. Todos reverenciaban cursivamente á Don Ventura, como si fuese el invitante. La gente seguía entrando en olas.

Nadie bailaba aún. La fiesta estaba todavía en sus comienzos. El valse cesaba luego, y la multisonante bullanga se apagaba como si todos quedaran súbitamente afónicos. La música volvía á hacerse oir como un arrullo primero; poco á poco su cadencia rítmica, voluptuosa, iba agitando las parejas, que hendían el aire y proseguían sus giros raudos. Cada persona que llegaba entrecruzaba los danzarines, en busca del Diputado. El Presidente del Club, panzudo como odre, atravesó la sala en irrisorios contorneos, y se dirigió á Paredes.

— Don Ventura, bailemos unos lanceros... É hizo al mismo tiempo un ademán para lucir la uña descomunal, amarillenta, que formaba una cuarta falanje de su meñique.

El rigodón era sólo para la *élite*. La mujer del Intendente sería acompañada por el Comisario, la esposa de éste por el Intendente; la señora de Paredes bailaría con el Presidente; pero como éste era soltero, el Diputado no tenía compañera impuesta.

Una buena parte de la concurrencia se había sentado, formando viviente muro. Las tres parejas, en medio del salón, buscaban con los ojos acompañante para Don Ventura digna de hacer *vis* en aquella como *cuadrilla real* con la cual se iba á dar comienzo « oficialmente » á la fiesta. Todos miraban, buscaban inútilmente.

El Diputado, sin ser visto por sus compañeros, se dirigió á un extremo del salón ofreciendo el brazo á una blonda rubesca, vestida de saya amapola, jubón amarillo semejante á un beleño, que inflaba las narices desafiando á la concurrencia al atravesar la sala, pomponeante en su desgairada lentitud.

Todos quedaron sorprendidos, y un leve rumor creció, creció rápidamente en su rodar, como los

aludes al precipitarse de la montaña que empiezan á caer despacio, y el golpe va siendo cada vez más fuerte. Los curiosos que desde las puertas participaban de la fiesta, entraron instintivamente. Paredes se encaminó con desenfado hacia los que esperaban se completara el cuadro. Y deteniéndose frente á su esposa, hizo la presentación con ademán desenvuelto :

— Mi esposa. Y volviéndose hacia ella agregó :

— La señorita Angélica Felice. Y se detuvo. Su compañera, floreciente de sonrisas, soplando con gozosa satisfacción, acercóse á pasos rápidos, y al estrechar la mano de la señora de Paredes le sacudió vigorosamente el brazo. Ésta en tanto, aterida al verse cara á cara con la manceba de su marido, erubescente el rostro, balbuceó con voz mortecina, entrecortada, y deliquioso acento :

— ¡ Mucho... gusto de... conocerla !.. Y se inclinó amablemente.

FIN

Índice de Materias

La Marica 7
Hierra trágica 27
Celos 47
Víctima 67
Ciencia fatal 115
Salvaje 131
¡Cumplida la Orden ! 139
Escrúpulos del Capitán 147
Sin venganza 159
Personaje 179

FIN DEL ÍNDICE

París. Imprenta de la Vda de Ch. Bouret, 23, rue Visconti.